

El psicoanálisis relacional es...

André Sassenfeld J.¹

IARPP, Santiago de Chile

Este trabajo intenta caracterizar la naturaleza del psicoanálisis relacional mediante veinte complementos de la oración "El psicoanálisis relacional es..." Se tocan cuestiones epistemológicas, filosóficas, teóricas y clínicas en medidas diversas que contribuyen a la comprensión de lo que el psicoanálisis relacional es en su propia complejidad intrínseca. El trabajo concluye subrayando la importancia de entender que el psicoanálisis relacional está definido fundamentalmente por un giro hacia la complejidad de su comprensión de los fenómenos subjetivos e intersubjetivos.

Palabras clave: Psicoanálisis relacional; definiciones; complejidad.

This paper tries to characterize relational psychoanalysis through twenty completions of the phrase "Relational psychoanalysis is..." Epistemological, philosophical, theoretical, and clinical questions are touched upon in diverse measures that contribute to the understanding of what relational psychoanalysis is in its own intrinsic complexity. The paper concludes highlighting the importance of understanding that relational psychoanalysis is defined fundamentally by a turn towards complexity in its understanding of subjective and intersubjective phenomena.

Key Words: Relational psychoanalysis; definitions; complexity.

English Title: *Relational Psychoanalysis is...*

Cita bibliográfica / Reference citation:

Sassenfeld, A. (2024). El psicoanálisis relacional es.... *Clínica e Investigación Relacional*, 18 (2): 382-429. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2024.180215

En este trabajo, a través de la exploración en una especie de mosaico de veinte afirmaciones que caracterizan las múltiples formas de ser del psicoanálisis relacional buscaré clarificar nuestra comprensión de un amplio conjunto de sus aspectos filosóficos, epistemológicos, teóricos y clínicos. Tal vez se parezca en parte a lo que Emmanuel Ghent (1989) denominó y buscó articular hace muchos años como *credo*, algo así como un marco referencial básico que nos orienta en nuestro quehacer profesional, nuestra toma clínica de decisiones y quizás incluso en alguna medida en nuestras vidas personales². Dado que nuestro *credo* se

¹ Psicoterapeuta analítico relacional y jungiano y supervisor clínico. Anterior presidente del capítulo chileno de la International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy (IARPP) y ex-miembro de su directorio internacional. Director del Centro de Terapia Relacional (CETERE), miembro de la Sociedad Chilena de Psicología Analítica y de la Sociedad Chilena para el Desarrollo de la Psiquiatría (SODEPSI).

² Véase, también, por ejemplo el libro editado por Bernd Huppertz (2023).

encuentra por lo común en buena medida no formulado y solo vagamente consciente, este trabajo intenta continuar el esfuerzo pionero de Ghent a la hora de formular una posible versión del credo del psicoanálisis relacional —dicho de otro modo, dadas mis propias inclinaciones subjetivas, tal vez lo que me parece que los diferentes pensadores relacionales tienen en común (Sassenfeld, 2019, 2020a). En alguna ocasión, Donna Orange aseveró haciendo referencia al mencionado esfuerzo de Ghent que honramos nuestras creencias llamándolas teorías. Como veremos, los psicoanalistas relacionales nos basamos en el supuesto de la irreductible subjetividad del analista (Renik, 1993) o de la primacía de la subjetividad (Jaenicke, 2011). Sabemos y aceptamos que nuestras formulaciones teóricas y clínicas no pueden más que responder en gran medida a quiénes somos (Atwood & Stolorow, 1993 [1979]) —a ello se debe que subrayemos de manera sistemática la esencial significación del diálogo.

Como ha sido habitual en muchas de mis publicaciones, asumiré una definición muy amplia del psicoanálisis relacional, de acuerdo a la cual este engloba todos los desarrollos teóricos, clínicos y técnicos —aproximadamente a partir de la década de 1980 en especial en Estados Unidos pero en las décadas posteriores en diversos lugares del mundo— que colocan en el centro de su interés las vicisitudes de los vínculos afectivos en el desarrollo, la psicopatología y la práctica psicoanalítica (Sassenfeld, 2019). En otras palabras, en el presente contexto no tendrán relevancia distinciones más finas que en ocasiones se utilizan, como aquella entre psicoanálisis relacional e intersubjetivo y tantas otras (véase la discusión al respecto en Sassenfeld, 2019). Mi aproximación aún así no pretende desdibujar las diferencias que existen entre muchos planteamientos analíticos relacionales, sino que más bien asume que el psicoanálisis relacional constituye su identidad como pluralismo que rechaza las tendencias hacia la homogeneización —me parece que el discurso psicoanalítico contemporáneo en su totalidad se mueve entre los polos de diferenciación y simultáneo reconocimiento de similitudes o encuentros. Es en ese sentido que entiendo la idea de que el psicoanálisis relacional es una tradición de pensamiento psicoanalítico (Mitchell & Aron, 1999) a la que han ido contribuyendo muchas y muchos psicoterapeutas en distintos grados y de distintas formas. Así, la búsqueda de estricta coherencia unificante tiene que ser descartada de antemano —algo que, debo confesar, nunca me ha sido fácil en la medida en la que mi inclinación natural tiende más bien hacia la “armonía”. Así, el psicoanálisis relacional ha sido en verdad un constante proceso de aprendizaje personal, teórico y clínico.

... post-freudiano, post-clásico, post-cartesiano

El psicoanálisis relacional es post-, esto es, es algo que viene después de otras cosas; su existencia presupone un amplio conjunto de circunstancias históricas de diversa índole, como por ejemplo el nacimiento de Sigmund Freud y su articulación del psicoanálisis, el desarrollo de teorías y prácticas psicoanalíticas divergentes de aquellas formuladas por Freud o el progresivo establecimiento de la psicoterapia como una institución social con programas de formación profesional, requisitos de ejercicio y estándares éticos. Puesto que Freud falleció el año 1939 e historizamos el surgimiento del psicoanálisis relacional en los últimos años de la década de 1970 o los primeros de la década de 1980 (dependiendo del criterio empleado), por necesidad el psicoanálisis relacional tiene que entenderse como un psicoanálisis que emergió en un mundo humano post-freudiano y a la vez en un mundo psicoanalítico post-freudiano. No cabe duda de que tuvo importantes precursores, como por ejemplo Sándor Ferenczi o Erich Fromm, pero aún así se trata sin duda de un fenómeno post-freudiano. Quizás calificarlo de post-freudiano nos habla de un significativo parámetro hermenéutico: Hans-Georg Gadamer (1960) afirmó que la distancia histórica es indispensable a la hora de comprender la continuada relevancia de cualquier obra cultural —estipulando al mismo tiempo que tal distancia también posibilita percibir aquellos aspectos de la obra en cuestión que siguen siendo importantes y aquellos que no.

A veces se ha dicho que el psicoanálisis relacional es post-clásico y pudiera parecer que esa designación equivale a afirmar que es post-freudiano. Pero no es así; el llamado psicoanálisis clásico también es post-freudiano. Desde el punto de vista de la historiadora del psicoanálisis Elizabeth Lunbeck (2012), “el clasicismo y el ‘Freud’ que lo autorizó fueron producidos [...] no en la Viena de fines del siglo XIX, sino en Nueva York y Chicago de mediados del siglo XX” (p. 210). Es decir, la denominación psicoanálisis clásico es un nombre que recibieron ciertos desarrollos particulares del psicoanálisis freudiano, considerados por sus mismos proponentes desarrollos fieles a Freud. Se trata en particular de la psicología del yo que imperó en Estados Unidos y especialmente en Nueva York durante varias décadas cuando Freud ya había muerto. Ahora bien, lo mencionado sí implica que el psicoanálisis relacional es post-clásico; pero solo en el sentido de que también es posterior a las teorizaciones post-freudianas llamadas clásicas por teóricos post-freudianos. A mi parecer, a estas alturas difícilmente es fácil entender estas lógicas históricas, que trascienden por mucho el campo del psicoanálisis como tal. Lewis Aron y Karen Starr (2013), por ejemplo, nos mostraron algunos años atrás que durante el auge del psicoanálisis clásico en algunos lugares de Estados Unidos la práctica del psicoanálisis fue visualizada como una especialidad médica y generaba a sus practicantes —solo médicos eran reconocidos como psicoanalistas hasta la década de 1980 y ese cambio tuvo relación directa con demandas judiciales por

discriminación (Safran, 2012; Sassenfeld, 2019)— mayores ingresos que dedicarse a la cirugía.

Asumir que el psicoanálisis es post- desde mi perspectiva busca inscribirnos en un devenir histórico que puede pasar por evoluciones y revoluciones (Mitchell, 1993) y en ese sentido me satisface. Tal inscripción histórica historiza nuestra disciplina tal como el psicoanálisis clínico historiza al individuo y nos ofrece un sentido de continuidad a pesar de la ocurrencia de lo que parecen ser revoluciones que generan ruptura —Freud sigue siendo un referente esencial al margen de que hemos dejado de estar de acuerdo con diferentes cosas que planteó. Una dimensión fundamental adicional de ese devenir histórico guarda relación con la consideración de que el psicoanálisis relacional es post-cartesiano (Stolorow, Atwood & Stolorow, 2002), lo que como aún veremos ubica al psicoanálisis relacional en términos explícitos en una reflexión sobre sus propios supuestos filosóficos. En otras palabras, es posterior y se entiende a sí mismo como intento de diferenciarse respecto de uno de los principales impulsos de la modernidad occidental: el impulso cartesiano. En ese marco, el psicoanálisis freudiano y muchos desarrollos post-freudianos tendrían que mirarse como cartesianos en varios sentidos. ¿Y qué quiere entonces decir que es post-cartesiano? Está interrogante tiene muchas respuestas posibles y revisaremos algunas de ellas también en otras secciones. Por ahora sea dicho que, al ser post-cartesiano, el psicoanálisis relacional ha hecho entre otras cosas esfuerzos significativos por problematizar dicotomías que hemos heredado del legado cartesiano como sujeto y objeto, mente y cuerpo, la identificación de la noción de verdad con la certeza, o la tentativa de llegar a un fundamento incuestionable que niega la incertidumbre intrínseca a la existencia humana: “Pienso luego soy”. Critica el mecanicismo tan característico del pensamiento freudiano (p. ej., la idea de un aparato psíquico o mecanismos defensivos), se aleja de las reificaciones conceptuales alejadas de la experiencia directa y desafía la posibilidad de una distinción clara en consciente e inconsciente.

... por ende, desmitologizador

Diversos teóricos psicoanalíticos relacionales, tal como expuse con detalle en otro lugar (Sassenfeld, 2019, 2020), han entendido el post-cartesianismo y el post-freudianismo del psicoanálisis relacional recurriendo a la noción de que el psicoanálisis tradicional ha descansado tanto teórica como clínicamente sobre una serie de mitos que han precisado ser desmitologizados. Stephen Mitchell y Margaret Black (1995) fueron muy concretos al referirse a la más de alguna vez anunciada pero nunca concretada muerte del psicoanálisis en base a cuatro mitos inter-relacionados: (1) el psicoanálisis es obra de un único hombre, Freud,

y en consecuencia en su estela no ha quedado más que ir refinando los planteamientos freudianos sin mayores modificaciones o innovaciones; (2) la teoría y práctica psicoanalíticas siguen siendo virtualmente idénticas a lo que fueron en la época de Freud; (3) el psicoanálisis ha pasado de moda y ha sido reemplazado por acercamientos psicoterapéuticos basados en otro tipo de orientaciones teóricas; y (4) el psicoanálisis es una especie de culto que exige una conversión y una dedicación exclusiva. Desmitologizar en este contexto significa asumir que no existen disciplinas creadas por el ser humano que no necesiten de cambios en la medida en la que la experiencia en tal disciplina se acumula; hace ya bastante tiempo ha sido literalmente imposible llevar a cabo una práctica analítica de alta frecuencia y en *setting* de diván, en buena medida debido a razones socioeconómicas y en el último tiempo gracias a la masificación de la tele-terapia; a pesar de que el psicoanálisis por cierto que ha tenido que “competir” con otras aproximaciones clínicas en ningún momento ha perdido su vigencia entre un gran número de psicoterapeutas y, además, no se puede perder de vista el hecho histórico de que gran parte de los acercamientos terapéuticos alternativos fueron propuestos por terapeutas formados en un inicio como psicoanalistas; y, por último, si el psicoanálisis relacional fuera algo así como un culto, no creo que gozaría de la popularidad que he podido observar en al menos las dos décadas pasadas. Muy por el contrario, numerosas colegas han señalado que encontrar el psicoanálisis relacional fue una manera de alejarse del psicoanálisis clásico, vivenciado como autoritario y similar a un culto, sin distanciarse del psicoanálisis³.

Quienes con mucha fuerza abogaron por la necesidad imperativa de desmitologizar lo que llamaron el mito de la mente aislada han sido Robert Stolorow y George Atwood (1992). Para ellos, el mito de la mente aislada —la idea de que la mente humana existe con bastante autonomía e independencia respecto de otras mentes— forma parte del cartesianismo del psicoanálisis freudiano tal como queda en evidencia en su foco intrapsíquico. Se encuentra, en efecto, en el núcleo de una especie de mito maníaco moderno, en el psicoanálisis jungiano y el estudio de la mitología también denominado el mito del héroe (estoy siendo intencionadamente provocador aquí; sé que el mito del héroe reviste mayor complejidad), de acuerdo al cual el ser humano es capaz de enfrentar su vida sin necesitar mucho a los demás. Haciendo uso de un concepto acuñado originalmente por Karl Marx, Stolorow y Atwood consideran que el mito de la mente aislada ha traído consigo tres experiencias fundamentales de alienación⁴: los seres humanos modernos y post-

³ Respecto del funcionamiento de las instituciones psicoanalíticas tradicionales, véanse por ejemplo Kernberg (1996) y Kirsner (2009).

⁴ Me parece importante rescatar aquí la relevancia que ciertas ideas marxianas como la alienación siguen teniendo en el psicoanálisis relacional y contemporáneo, algo que también ha ocurrido mediante la influencia de Erich Fromm sobre algunos analistas relacionales. En el trabajo de Stolorow y Atwood también lo tiene la noción marxiana de reificación tal como ya mencionamos. Asimismo, el psicoanálisis emancipador de Bernard

modernos estamos alienados respecto de nuestra propia subjetividad (como revela la reificación y comprensión mecanicista de esta), respecto de la intersubjetividad (como revelan las sistemáticas experiencias de soledad y aislamiento) y respecto de la naturaleza (como revela el desarraigamiento respecto los ciclos naturales incluyendo la muerte como parte de la vida).

Más allá, la búsqueda de desmitologización también ha tocado el ámbito de la práctica clínica. Donna Orange, George Atwood y Robert Stolorow (1997) pusieron al descubierto el mito de la neutralidad, que por supuesto tiene que ser visualizado como una derivación del mito de la mente aislada —solo una mente aislada puede pretender ser neutral. El mito de la neutralidad es desglosado por estos teóricos en el mito de la objetividad, el mito de la transferencia no contaminada en su despliegue por la subjetividad del analista y el mito de la posibilidad de la interpretación libre de sugestión. El mito de la mente aislada y el mito de la neutralidad conllevan por necesidad lo que Irwin Hoffman (2009) llamó el tabú de la influencia en el psicoanálisis, esto es, la negativa a asumir tanto en términos conceptuales como en términos clínicos la inevitabilidad de la influencia mutua consciente e inconsciente entre paciente y analista. Mitchell (1997) escribió acerca de algunas razones contextuales para tal negativa y, a la vez, planteó el mito del analista estándar: si la subjetividad del analista no influencia al paciente, al trabajar de manera correcta en términos técnicos una analista hará con un paciente específico el mismo trabajo que haría cualquier otro analista porque el proceso analítico solo estará determinado por el inconsciente de la paciente. Ya hice mención en la introducción respecto de lo que Owen Renik (1993) denominó la irreductible subjetividad del analista. Desde ese punto de vista, neutralidad, objetividad, ausencia de “contaminación”, libertad respecto de la sugestión, etc. son entidades clínicas míticas que han formado parte de importantes ramas del psicoanálisis post-freudiano y clásico y que no forman parte del psicoanálisis relacional.

... pluralista

La realidad histórica es que en el psicoanálisis en términos generales nunca ha existido efectiva homogeneidad teórica ni clínica. Más bien, han existido distintos intentos de mantener bajo control las divergencias, algunos razonables, otros derechamente descabellados. Los desencuentros pre-psicoanalíticos de Freud con personas como Pierre

Brandchaft (Brandchaft, Doctors & Sorter, 2020) y el psicoanálisis progresista que se plantea una psicoterapia para el pueblo planteado por Aron & Starr (2013) me parecen poner de manifiesto aires marxianos. Utilizo el adjetivo marxiano y no marxista con el fin de evitar connotaciones ideológicas y políticas; lo que me interesa es destacar las ideas sociológicas y filosóficas de Marx, no sus ideas políticas.

Janet así como los desafíos de sus primeros colaboradores desde Alfred Adler y Wilhelm Stekel hasta Carl Gustav Jung, Otto Rank y Sándor Ferenczi demuestran que Freud en verdad siempre estuvo rodeado de ideas que divergían de las suyas —así como estuvo rodeado de ideas similares a las suyas pues conocía las obras de Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche entre otros pensadores desde sus años de estudiante universitario. Su mitologizado auto-análisis como experiencia creadora de una mente aislada además se ve desmentido por su sistemático intercambio epistolar con Wilhelm Fliess en esa misma época. En cierto sentido, algunos relatos del desarrollo del psicoanálisis parecen en alguna medida encubrimientos del diálogo de Freud con otros que pensaban de manera diferente y parecida dando lugar al mencionado mito de la creación del psicoanálisis como obra de un único hombre. Ciertamente debe considerarse en esa categoría el infame comité secreto de los anillos (Grosskurth, 1991), dedicado a mantener la “pureza” del pensamiento freudiano⁵ —y no parece del todo al mismo tiempo irónico que al menos dos de sus más destacados miembros, Ferenczi y Rank, terminarán quebrando con ese círculo.

De hecho, la historia del psicoanálisis equivale a la aparición y posterior desarrollo de diferentes “escuelas” psicoanalíticas que además, una vez establecidas, han contado en general con evoluciones propias hasta el día de hoy. Por lo tanto, el campo del psicoanálisis ha sido y es fácticamente un pluralismo tremendo —desde una mirada histórica, la pregunta no es si el psicoanálisis es pluralista o no, sino más bien si vamos a aceptar que siempre lo ha sido. Para algunos, pareciera que la noción de un inevitable pluralismo psicoanalítico provoca ansiedad, como si pluralismo equivaldría a fragmentación, dispersión o incoherencia que pudieran dejar al psicoanálisis en un lugar de inviabilidad. Y, es cierto, existen evidentes inconmensurabilidades o incompatibilidades epistemológicas, filosóficas, teóricas y clínicas entre muchos enfoques psicoanalíticos contemporáneos, como por ejemplo entre la fenomenología psicoanalítica y el neuropsicoanálisis por citar tan solo un ejemplo posible. Teóricos como Robert Wallerstein (1990) y Fred Pine (1990) optaron por intentar “cubrir” u ordenar la pluralidad buscando territorio compartido (así como lo he hecho yo en alguna medida, aunque no trascendiendo tantos límites entre teorías analíticas como Wallerstein o Pine). Mi propio dilema ha sido intentar explorar y comprender la posibilidad de sostener incompatibilidades en algún plano sin tener que descartar aproximaciones. Me parece personalmente igualmente absurdo plantear que la investigación empírica de infantes no puede hacer ninguna contribución al psicoanálisis, como hiciera ya sus años atrás André Green en discusión con Daniel Stern, como plantear que descubrimos la ubicación cerebral exacta del ello. Creo en un psicoanálisis pluralista en el cual interesarme por la investigación

⁵ La historia de este comité secreto sostiene al menos en parte percepciones del psicoanálisis clásico como un culto o una religión a la que es necesario convertirse.

de infantes puede ser tan enriquecedor como conocer los efectos del trauma relacional complejo en el desarrollo del sistema nervioso.

Después de años estoy empezando a asumir que la búsqueda de territorio compartido dentro del campo del psicoanálisis es un proyecto que no podrá llegar a puerto. Podemos, por ejemplo, considerar que la concepción de lo inconsciente define y une a todas las teorías psicoanalíticas. No obstante, dada la influencia de las neurociencias, otros enfoque clínicos no-psicoanalíticos en la actualidad también asumen la existencia de fenómenos y procesos que se producen fuera de la consciencia. Si queremos pensar que lo que une a las teorías psicoanalíticas es la noción de transferencia, nos enfrentamos de igual manera a que por ejemplo enfoques terapéuticos cognitivo-conductuales suponen que existen esquemas interpersonales que colorean la relación con la terapeuta. Creo que ese ya no es del todo un camino fértil a la hora de definir lo que es “propiamente” psicoanalítico. Desde ese punto de vista, pienso que más que la búsqueda de un territorio compartido hoy en día se trata de que diferentes teóricos analíticos se esfuercen por clarificar sus propios supuestos como parte integral de su trabajo conceptual y clínico. Creo que esa idea es congruente con lo que han hecho muchos teóricos analíticos relacionales a lo largo de ya casi cinco décadas. Ahora bien, siguiendo a Steven Tublin (2018), el pluralismo característico del psicoanálisis relacional “ha creado una situación en la cual el analista enfrenta un amplio espectro de elecciones técnicas que puede ser excitante en su plenitud o inductor de pánico en su ausencia de límites” (p. 69). Retomaremos esta dificultad en secciones posteriores desde otros puntos de vista adicionales.

... fenomenológico

En la actualidad, hablamos con naturalidad y frecuencia acerca de experiencias relacionales, experiencias traumáticas, experiencias reparatorias, experiencias de encuentro, etc. Sin embargo, en la historia del psicoanálisis el discurso acerca de la “experiencia” es relativamente reciente; una de sus apariciones históricas tempranas relevantes pero a la vez muy criticada es la noción de una experiencia emocional correctiva como vía de la acción terapéutica en el trabajo de Franz Alexander y Thomas French (1946). Así, la consideración respecto de que el psicoanálisis se dedica a trabajar con la experiencia subjetiva o la subjetividad, que hoy parece a ratos un lugar común, tiende a figurar como aparente obviedad. En la obra de Freud, sin embargo, el término experiencia literalmente no existe como concepto (Sassenfeld, 2019, 2020b). Desde el punto de vista histórico, de manera declarada el psicoanálisis se ha dedicado a estudiar lo inconsciente —y no la experiencia subjetiva. El psicoanálisis relacional introdujo siguiendo sobre todo las contribuciones

pioneras de Heinz Kohut (1959, 1977) respecto de la necesidad de elaborar lo que llamó teorías cercanas a la experiencia un giro fenomenológico en el psicoanálisis (Jordán, 2008; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019). Ello significa en primer lugar que estamos interesados y que trabajamos con las formas particulares en las que cada uno de nuestros y nuestras pacientes experimentan de modo subjetivo su mundo, sus relaciones con otros y a sí mismas. En términos clínicos, tal exploración es una de las metas transversales en la práctica del psicoanálisis relacional (Mitchell, 1993; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019; Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987). Tal como señala Paul Wachtel (2008), la *via regia* contemporánea hacia lo inconsciente es la experiencia consciente.

Surgieron con rapidez voces disonantes y críticas del giro fenomenológico en las ideas de exponentes de otras teorías psicoanalíticas: al ser fenomenológico, se ha argumentado, el psicoanálisis relacional desplaza la noción más importante del psicoanálisis—lo inconsciente. La fenomenología es en tales críticas visualizada por lo general como una disciplina que se dedica a estudiar la experiencia consciente del ser humano. Esta concepción descansa sobre un importante malentendido: la fenomenología nunca se ha entendido a sí misma como el estudio de la experiencia consciente; más bien, investiga la experiencia consciente con la finalidad de determinar las estructuras pre-reflexivas —por ende, no conscientes— que participan a la hora de conferirle a la experiencia las formas particulares que adopta⁶ (Atwood & Stolorow, 2014 [1984]; Sassenfeld, 2016, 2019). Vale decir, los fenomenólogos buscan comprender qué estructuras “profundas” co-determinan toda experiencia subjetiva y ese proyecto ha llevado a asumir que entre tales estructuras pre-reflexivas se encuentran, por ejemplo, la temporalidad, la espacialidad, la corporalidad, la intersubjetividad, la disposición afectiva, la comprensión, la libertad, el mundo, el lenguaje, etc. Dicho de otro modo, si se es un ser humano, toda experiencia que se tendrá siempre implicará aspectos temporales, espaciales, corporales, intersubjetivos, etc. Su forma específica puede variar en experiencias particulares —por ejemplo, el tiempo puede ser percibido como pasando rápido o lento—, pero en última instancia no existen experiencias subjetivas al margen de la temporalidad como estructura determinante⁷. Ahora bien, la fenomenología filosófica está primordialmente interesada en estructuras pre-reflexivas que se consideran universales. La

⁶ Lo cierto es que “la fenomenología filosófica [y, por extensión, la fenomenología psicoanalítica] justamente no se interesa en contenidos vivenciales subjetivos que varían en términos individuales, sino en las estructuras generales de la experiencia en cuanto condiciones que los posibilitan. [No] se da por satisfecha con contingencias observables o contenidos individuales de la consciencia (un reproche que se la hace una y otra vez), sino que busca estructuras generales de la experiencia [...]” (Alloa, Breyer & Caminada, 2023, pp. 6-13) que no pueden entenderse en ningún caso como estructuras conscientes.

⁷ Quizás en el ámbito del estudio de la mente el mejor ejemplo de esto es la psiquiatría fenomenológica. Como es sabido, en esta disciplina se estudia, por ejemplo, como la temporalidad o la corporalidad son percibidas en la esquizofrenia, en la depresión, en la bipolaridad, etc.

fenomenología psicoanalítica, en cambio, aunque no desconoce la significación de esas estructuras universales, se interesa más por las estructuras pre-reflexivas que se establecen en términos biográficos a lo largo del desarrollo temprano en las interacciones de la niña con sus cuidadores. Estas han sido también llamadas principios organizadores de la experiencia o convicciones emocionales (Orange, 1995; Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Stolorow, Atwood & Orange, 2002).

El giro fenomenológico coincide en alguna medida con un desplazamiento psicoanalítico desde el foco tradicional en las pulsiones y el complejo de Edipo hacia un foco cada vez sistemático en el self, el sujeto, la subjetividad y la identidad, y su desarrollo en los primeros años de vida (Altmeyer & Thomä, 2010 [2006]; Sassenfeld, 2019, 2022; Stern, 2000 [1985]; Teicholz, 1999). En términos de la historia del psicoanálisis, la exploración de las posibilidades de tratamiento analítico con pacientes que no correspondían a lo que la teoría psicoanalítica tradicional llama neuróticos —pacientes “pre-edípicos” limítrofes, esquizoides, narcisistas, traumatizados y también psicóticos— es congruente con ello. En vez de conflictos pulsionales, pasaron a ser centrales todas las problemáticas tempranas vinculadas con el desarrollo de lo que Donald Winnicott (1960, 1963) denominó la continuidad del ser. Para muchos psicoanalistas, tales problemáticas no han hecho más que seguir aumentando de modo exponencial en nuestras prácticas clínicas a lo largo de las últimas décadas. Stolorow, Atwood y Orange (2002) piensan que el giro fenomenológico representa una alternativa post-cartesiana viable frente al enquistado cartesianismo del psicoanálisis freudiano y clásico. El giro fenomenológico ha intentado constituirse como manera de ir más allá de las dicotomías cartesianas entre sujeto y objeto, entre pensamiento y sentimiento, y entre mente y cuerpo. Como aún veremos, ello ha traído consigo entre otras cosas lo que ha sido llamado la primacía motivacional de los afectos (Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019; Stolorow, 2002) además de la ya mencionada primacía de la subjetividad.

... hermenéutico

A lo largo de su historia, han existido diversas controversias respecto de qué tipo de disciplina es el psicoanálisis. Esta pregunta no es menor —remite a la misma naturaleza de lo que hacemos día a día. Sabemos que Freud tuvo una significativa identificación con el ideal aséptico de objetividad y neutralidad característico de las ciencias naturales, debida por ejemplo a su formación en biología de laboratorio así como a su ferviente admiración por Charles Darwin (que compartió, dicho sea de paso, con John Bowlby). No obstante, he comentado en otras publicaciones (Sassenfeld, 2016) que en este sentido pueden percibirse claras incongruencias: aquel libro que Freud consideró una de o tal vez la principal de sus

mayores obras, *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), lleva en su título la palabra interpretación —completamente ajena al discurso científico materialista y positivista en esa época y también en la actualidad. Asimismo, por ejemplo, en 1904 (1903) Freud se refiere a su propio método psicoanalítico como arte de la interpretación. ¿Arte de la interpretación? ¿Qué lugar podía al menos en esa época ocupar un arte de la interpretación en el mundo del creciente y explosivo predominio de las ciencias naturales? Así, podemos constatar un cierto conflicto en cómo el mismo Freud entendía la naturaleza del psicoanálisis. En efecto, en la práctica psicoanalítica ocupan un lugar central la comprensión —entre otras cosas, en la idea del *insight*— y su herramienta clínica principal es la interpretación. Ahora bien, comprensión e interpretación son fenómenos que llevan ocupando la atención sistemática de una disciplina llamada hermenéutica en el ámbito de las ciencias humanas o humanidades hace casi un siglo y medio.

No es una novedad propia del psicoanálisis relacional pensar el psicoanálisis desde un punto de vista hermenéutico; lo hicieron varios psicoanalistas antes de la emergencia del movimiento relacional (Sassenfeld, 2016). Sin embargo, tal vez no sea incorrecto afirmar que el psicoanálisis relacional ha sido en muchos de sus sectores sistemático en desarrollar ese punto de vista. En ello, ha seguido en algún sentido las conclusiones del estudio que el filósofo fenomenológico y hermenéutico Paul Ricoeur (1965) realizó sobre Freud. Ricoeur, un admitido admirador de Freud, le critica en lo principal que para Ricoeur Freud nunca pudo reconocer con claridad que lo que había creado no era una ciencia natural sino una hermenéutica —esto es, un marco interpretativo que permite comprender determinados fenómenos⁸. Ricoeur caracterizó en este sentido la hermenéutica freudiana como una hermenéutica de la sospecha: nada es lo que parece, lo que se nos presenta significa en realidad otra cosa. Por ejemplo, el denominado contenido manifiesto de un sueño no es más que una fachada, un encubrimiento falseador, del verdadero significado inconsciente latente del sueño. En consecuencia, para Freud, un psicoanalista tenía que adoptar una actitud basal de sospecha frente a lo que un paciente relatara ya que invariablemente el relato explícito remitía a algo distinto de lo relatado defensivamente disfrazado. Tal punto de partida, sin embargo, siguiendo a Donna Orange (2011), trae consigo un distanciamiento emocional en la relación con nuestras pacientes ya que de forma literal no podemos confiar en lo que dicen —y, por extensión, en realidad tampoco podemos fiarnos del todo de lo que nosotros mismos decimos.

Retomando algunas ideas de Ricoeur pero al mismo tiempo diferenciando su pensamiento respecto de las ideas de de Ricoeur, Orange (2011) integra los fundamentos de

⁸ Quizás desde esta perspectiva no debiera sorprender que el único premio que Freud recibió en vida fue el (prestigioso) Premio Goethe otorgado por la ciudad de Frankfurt en Alemania —un premio de literatura.

la hermenéutica filosófica dialógica del filósofo alemán Hans-Georg Gadamer a la hora de formular la hermenéutica que distingue al psicoanálisis relacional: la hermenéutica de la confianza. El principio básico de la hermenéutica gadameriana asevera que no existe una máxima superior a la noción de que el otro pudiera tener razón (Sassenfeld 2010a, 2012a, 2016, 2019, 2020b). Por lo tanto, la hermenéutica de la confianza desarticula la histórica (supuesta) autoridad del psicoanalista como alguien que sabe y lo coloca en un punto de partida distinto, que es un punto de partida centrado en que la experiencia de un diálogo genuino es la vía principal capaz de posibilitar la emergencia de comprensión transformativa —de convertirse en un objeto transformacional (Bollas, 1987). Con cierta frecuencia, se ha criticado a la concepción de una hermenéutica de la confianza que esta puede ser ingenua clínicamente porque puede pasar por alto que un paciente puede no expresar en términos verbales todo lo que es relevante. Quienes han criticado a Orange de este modo a mi parecer no la han leído con detención; según Orange, la hermenéutica de la confianza incluye siempre la posibilidad de “sospechar”, solo que adopta un punto de partida para la exploración clínica que es diferente a aquel de la hermenéutica de la sospecha. Asumimos que en cada momento un paciente hace lo mejor que puede, pero que ello siempre está limitado por supuesto por procesos defensivos. La hermenéutica de la confianza por ende plantea un punto de partida de confianza que con posterioridad se puede muchas veces convertir en la experiencia de sospecha —solo que esa sospecha a menudo surge como experiencia compartida con nuestra paciente o incluso emerge a partir de la experiencia de un paciente que ha visto validado su primer relato.

... constructivista

Algunos teóricos psicoanalíticos relacionales, como lo es representativamente Irwin Hoffman (1991, 1992, 1998) y tal vez antes de él su mentor Merton Gill (1994), han planteado que el psicoanálisis debe ser visualizado como una disciplina constructivista. Este término tiene en las ciencias sociales diversas acepciones, debido a lo cual es indispensable clarificar un tanto en qué sentido el psicoanálisis relacional puede ser entendido como un psicoanálisis constructivista. Donnel Stern (1997) ha indicado que la hermenéutica y el constructivismo están relacionados de modo muy cercano. Para él, el constructivismo psicoanalítico es una concepción que ha sido utilizada para dar cuenta de una perspectiva teórica que tiene una agenda hermenéutica pero que se origina menos en la filosofía (como los planteamientos de Ricoeur y Gadamer) y “más en el reconocimiento clínico de que la experiencia es al menos parcialmente indeterminada y es creada en la interacción” (p. 5) entre paciente y analista. Así, que el psicoanálisis relacional sea hermenéutico y constructivista remite a visiones conceptuales muy cercanas pero a la vez diferenciables. Entonces, ¿cómo las podemos

distinguir y apreciar sus relativos aportes particulares? Propondré una manera de hacerlo que no concuerda del todo con lo mencionado en la cita de Stern, que me parece poco precisa y necesitada de mayor elucidación si pretendemos caracterizar el psicoanálisis relacional como psicoanálisis constructivista.

Una primera manera de dilucidar esta temática es aclarando que, al menos en una diferencia relativa con la hermenéutica, el constructivismo surgió como una explícita postura epistemológica, es decir, como un planteamiento respecto de cómo el ser humano accede al conocimiento y se maneja con este. En cuanto tal, el constructivismo —que no solo existe en el psicoanálisis sino con anterioridad en las ciencias sociales en general— articula una perspectiva epistemológica que se contrapone al positivismo de la ciencia natural. Allí donde la ciencia natural adopta una postura epistemológica objetivista que supone la posibilidad de un acceso al conocimiento depurado de toda subjetividad situada particular, el constructivismo por el contrario subraya que solo un sujeto puede conocer y que, en ese sentido, todo conocimiento es al menos en parte “construido” en el contacto de un sujeto específico dado con su “objeto” de conocimiento. Famoso fue desde esta perspectiva el estudio de los sociólogos del conocimiento Peter Berger y Thomas Luckmann (1966) titulado *La construcción social de la realidad*, en el cual con influencias fenomenológicas plantean que “la” realidad —esto es, aquello que un determinado grupo de individuos considera real y existente— no puede visualizarse como algo que simplemente percibimos sino más bien como el resultado de un complejo proceso en el que participan de manera destacada las inclinaciones en general no conscientes de la subjetividad. Tales sesgos, que la hermenéutica gadameriana llama prejuicios sin atribuirles una connotación negativa (Gadamer, 1960; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019), aportan siempre a construir al menos en parte lo que se vivencia individual y colectivamente como realidad.

Por otro lado, al subrayar la relevancia de la subjetividad situada en todo conocimiento, el constructivismo ha permitido al psicoanálisis relacional comprender la naturaleza situada de lo que denominamos psicoanálisis (Cushman, 1995). Esto quiere decir que diversos teóricos relacionales han enfatizado que es necesario visibilizar que en cada etapa de su existencia el psicoanálisis siempre ha sido y es una institución sociocultural característica de lo que una sociedad dada percibe como legítimo y necesario (Hoffman, 1998; Mitchell, 1993, 1997; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019; Stern, 1997). Es más, Mitchell (1997) señaló que el psicoanálisis es una práctica sociocultural situada que promueve ciertas formas de experiencia por sobre otras y ya en 1993 había hecho hincapié en que una de las revoluciones que posibilitaron la emergencia del psicoanálisis relacional fue la pregunta, ¿qué sabe y puede saber el analista? Más allá, un psicoanálisis constructivista tiene que asumir que todo conocimiento psicoanalítico no es reflejo de cómo las cosas son, sino que por el contrario

es conocimiento en cierta medida construido que es reconocido a través de consensos por parte de grupos de personas particulares como significativo. Nadie niega que en cada momento histórico ciertos conocimientos psicoanalíticos no solo son mirados como válidos, sino que además demuestran cierta utilidad en la práctica psicoterapéutica. No obstante, también esta circunstancia desde la perspectiva constructivista responde a que las formas de subjetividad que tratamos en cada momento histórico varían y por ende de hecho vuelven indispensables conocimientos psicoanalíticos distintos. Quizás podríamos aseverar que allí donde la hermenéutica coloca el acento en el diálogo, el constructivismo se centra en la construcción individual y colectiva del conocimiento.

... perspectivista

Pudiera preguntarse por qué razón no he incluido la idea de que el psicoanálisis relacional es post-moderno. La verdad es que ese término ha caído en desuso como denominación general de nuestra época tanto en la sociología como en la filosofía. Más bien, ha sido asociado a ciertos planteamientos específicos respecto de la época contemporánea —lo que significa al menos comenzando en la década de 1980— como aquellos de Jean-Francois Lyotard y Jacques Derrida. Uno de los motivos de que ello ha ocurrido es que se ha tendido a asociar a la noción de postmodernidad la idea de un relativismo extremo, algo que Mitchell (1993) llamó el fantasma del “todo vale” —con independencia de sus asideros, todas las concepciones de lo que es real y significativo son igualmente legítimas en el sentido de un subjetivismo extremo y solipsista. En ese marco, Judith Teicholz (1999) aclaró que el psicoanálisis relacional puede ser considerado post-moderno siempre y cuando ello signifique que se sitúa en un relativismo moderado, postura que implica una aceptación de las nociones de realidad y verdad asumiendo a la vez que nunca a ningún ser humano particular le será posible acceder a la realidad o la verdad de modo completo. Así, un psicoanálisis perspectivista supone en línea con planteamientos hermenéuticos y constructivistas que lo real y verdadero en cualquier momento solo puede ser experimentado y concebido de manera parcial —solo contamos con una infinidad de perspectivas. Ahora bien, solo algunas de tales perspectivas más que otras sin lugar a dudas resultan tener la capacidad de manifestar en algún momento dado fuerza transformativa en la subjetividad y en la intersubjetividad.

Fue Orange (1995) quien en el marco de sus estudios sobre epistemología psicoanalítica argumentó que el psicoanálisis relacional se ha ubicado en la perspectiva de un realismo crítico o también de un perspectivismo realista. Lo que tales denominaciones buscan expresar es que lo real y verdadero existe pero, nos guste o no, más allá de nuestra

posibilidad de aprehenderlos alguna vez del todo. Si fuéramos congruentes con lo que Freud afirmó respecto de lo inconsciente, no haría falta destacar la circunstancia mencionada. Porque

la única verdad o realidad a la cual el psicoanálisis puede generarse un acceso es la organización subjetiva de la experiencia entendida en un contexto intersubjetivo [...] Al mismo tiempo, tal organización subjetiva de la experiencia es una perspectiva sobre una realidad más abarcadora. Nunca podemos acceder o conocer esa realidad por completo, pero podemos acercarnos a ella más y más, comprenderla, articularla o compartirla. [...] En un realismo como éste, lo real es un proceso emergente que se autocorrigue, el cual es accesible sólo en parte a través de nuestra subjetividad personal pero que ciertamente se vuelve cada vez más comprensible en el diálogo compartido. (p. 85)

Así, el perspectivismo psicoanalítico no puede presumir que la "realidad" subjetiva de una analista es más verdadera que la "realidad" subjetiva de una paciente ni que el analista es capaz de conocer la "verdad" de la experiencia subjetiva de un paciente. El "analista sólo puede aproximarse a la realidad subjetiva del paciente desde el interior de los horizontes particularizados y delimitados de su propia perspectiva" (p. 103).

Ya en estas citas de Orange puede captarse el lenguaje perspectivista y también fenomenológico. Existen mundos de experiencia con horizontes, es decir, con limitaciones a la propia percepción de lo que es real y está presente —en efecto, percibir el horizonte implica de manera paradójica aprehender cambios constantes, aunque a veces imperceptibles, dentro de un marco perceptual de relativa estabilidad. Se trata de una metáfora constructiva dentro de un psicoanálisis post-cartesiano (Stolorow, Atwood & Orange, 2002). Desde este punto de vista, los horizontes de la experiencia definen una demarcación cambiante e inestable entre lo que es consciente y lo que no lo es en un momento dado. Lo que es consciente cae dentro de nuestros horizontes de experiencia y lo que no lo es cae fuera de tales horizontes en función de nuestra participación en alguna medida variable en determinados sistemas intersubjetivos pasados y presentes. Un psicoanálisis perspectivista no apunta a descubrir la verdad histórica y presente respecto de la experiencia de la paciente; se contenta con generar perspectivas respecto de la experiencia problemática del paciente que sean capaces de introducir movimiento en la subjetividad. Stern (1997) describió de manera interesante este complejo proceso de formular aquello que no estaba formulado o que incluso no podía ser formulado en el lenguaje, proceso que tiende a volver más real lo que en algún plano ya se ha estado experimentando —algo que Christopher Bollas (1987) llamó hacer consciente aquello sabido que aún no había sido pensado.

... humanista

En la historia del psicoanálisis relacional y en especial en la historia de su emergencia juegan un importante papel tres matrices generativas: las teorías británicas de las relaciones objetales, el psicoanálisis interpersonal y la psicología psicoanalítica del self. El psicoanálisis interpersonal ocupó un lugar especialmente destacado ya que varios de sus exponentes fundaron el Instituto William Alanson White en Nueva York, donde se formó como psicoanalista entre otros Stephen Mitchell, quien para una mayoría debe ser considerado el padre del psicoanálisis relacional (en caso de que tuviésemos decidirnos por una sola persona). Entre quienes contribuyeron al establecimiento de este instituto tan central en la historia del psicoanálisis relacional se encuentra Erich Fromm. Aunque a ratos pueda parecer que su influencia no tiene ligazón directa con el surgimiento del movimiento relacional, al mirar con mayor detención cabe asumir que su influencia no reconocida es casi realmente ubicua. De modo interesante, justo en el momento en el cual pocos años después aparece el psicoanálisis relacional Fromm (1974) afirmó: para nuestro momento histórico, es “necesario un tipo de psicoanálisis completamente distinto” (p. 76) al freudiano y clásico —psicoanálisis en el cual Fromm había estado trabajando tanto en términos conceptuales como en términos clínicos hacía décadas, al menos desde su conocida publicación inicial *El miedo a la libertad* (1941). Fromm reconoció con agudeza los cambios que se estaban produciendo en las subjetividades que los psicoterapeutas estaban atendiendo y la consiguiente necesidad de ajustar nuestras formas de atenderlos. ¿En qué tipo de psicoanálisis estaba pensando Fromm?

En las últimas décadas, varios teóricos psicoanalíticos relacionales han afirmado que el psicoanálisis relacional tiene que entenderse como un psicoanálisis humanista (Coderch, 2014; Lichtenberg, 2005; Orange, 2011; Sassenfeld, 2016, 2019, 2020b; Stolorow, 2015; Togashi & Kottler, 2015). No estamos pensando aquí en primer lugar en la psicología humanista, sino más bien en un foco filosófico en el ser humano. De ahí que algunos relacionan esta concepción de un psicoanálisis humanista con lo que Kohut (1982) en lo que entiendo fue su última presentación aseveró respecto de que el psicoanálisis tenía que pasar de estudiar a Freud a estudiar al ser humano. Fromm fue quien por primera vez empleó el término psicoanálisis humanista en el sentido de un psicoanálisis basado en la profunda convicción filosófica pero también clínica de que el ser humano siempre cuenta con potencialidades de desarrollo y crecimiento psicológico, emocional y relacional: el psicoanálisis humanista reconoce y se apoya en “la fuerza de la búsqueda de felicidad y salud que forma parte de la naturaleza humana” (1947, p. 11). Y desde ese punto de vista la tarea principal y transversal de la práctica analítica es facilitar el surgimiento de tales

potencialidades⁹. En el marco de un psicoanálisis humanista, Fromm contrapuso a lo que denominó ética autoritaria una ética humanista que no está centrada como la primera en referentes externos al individuo sino que supone la capacidad de cada individuo de determinar por sí mismo lo que es bueno y lo que merece la pena (véase Sassenfeld, 2019). En el psicoanálisis relacional contemporáneo, y fuertemente influenciada por Fromm, ha sido en especial Sandra Buechler (2004, 2008) quien ha retomado la importante tarea de destacar y recordarnos los valores humanistas que pueden —¿y debieran?— orientar nuestro quehacer psicoterapéutico.

Ahora bien, nuestra época tiene asuntos adicionales que tomar en consideración. Si en algún sentido la modernidad occidental se ha caracterizado por dejar de centrar las cosas y la vida en dios y por colocar en el centro del mundo al ser humano, sin duda ello ha tenido múltiples consecuencias y no todas han sido constructivas. De ahí que teóricas relacionales como Orange (2017) han enfatizado la necesidad de que los psicoanalistas presten de modo urgente atención teórica y clínica a las temáticas vinculadas con la crisis climática haciendo un llamado ético a una responsabilidad que no puede ser solo humanista. Tal vez es posible pensar frente a este trasfondo que el psicoanálisis relacional es humanista pero teniendo que desarrollar una especie de humanismo contextualizado que se propone colocar en su centro no al ser humano por sí mismo sino más bien al ser humano en su inextricable y compleja relación con el mundo que lo rodea. Un psicoanálisis relacional humanista como este podrá y tendrá que hacer frente a los desafíos que nuestro mundo actual genera, como por ejemplo la relación del ser humano con la inteligencia artificial. Y podrá hacerlo sin temer arrojar interrogantes pero también planteando posiciones valóricas y éticas claras (véase más adelante). Tal como ya mencioné con anterioridad, el psicoanálisis relacional es relativista pero de forma moderada (Teicholz, 1999), lo que se traduce en que no se abstiene a la hora de plantear posturas valóricas, éticas e incluso políticas en ciertos contextos. Tales posturas, por lo que logro discernir, entre la inmensa mayoría de los psicoanalistas y psicoterapeutas relacionales se relacionan con la igualdad, la justicia, la libertad y los derechos humanos —posturas que sin mayores dificultades podemos calificar de humanistas.

⁹ Sin el uso explícito del adjetivo humanista, encontramos ideas similares en el pensamiento de Sándor Ferenczi, Karen Horney, Michael Balint, Donald Winnicott y Heinz Kohut, entre otros. Todos ellos asumieron de una u otra manera que el psicoanálisis clínico posibilitaba la activación de tendencias hasta entonces bloqueadas o congeladas hacia el desarrollo. En consecuencia, años atrás hice referencia a esta concepción psicoanalítica como la perspectiva que entiende el psicoanálisis como práctica que ofrece una segunda oportunidad de desarrollo emocional (Sassenfeld, 2012a).

... práctico y phronético

Cuando en la década de 1980 en Estados Unidos la formación psicoanalítica finalmente se abrió a las y los psicólogos dejando de estar restringida a los médicos (Safran, 2012; Sassenfeld, 2019) todo cambió y nada ha vuelto a ser como antes de ese momento. Jeremy Safran (2012) describió con claridad que la entrada de psicólogas y psicólogos al psicoanálisis significó que ingresó en el mundo psicoanalítico la posibilidad de cuestionar de manera profunda y sistemática los fundamentos filosóficos y epistemológicos de las diferentes teorías psicoanalíticas¹⁰. Algunos teóricos relacionales se preguntaron en este sentido respecto de la naturaleza misma del psicoanálisis, esto es, respecto de qué tipo de disciplina el psicoanálisis en realidad es. Contamos como punto de partida con la distinción clásica de Freud (1923 [1922]):

Psicoanálisis es el nombre 1. de un procedimiento para la investigación de procesos psíquicos que de otro modo apenas son accesibles; 2. un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas basado en esa investigación; 3. un conjunto de intelecciones psicológicas ganadas mediante esa vía que de a poco se unen en una nueva disciplina científica. (p. 231)

Diversos teóricos psicoanalíticos a lo largo del tiempo han subrayado que Freud priorizó los aspectos uno y tres muy por encima del aspecto dos. Es más, el interés principal en el segundo aspecto le valió a Ferenczi en su momento la (des)calificación por parte de Freud de que estaba sucumbiendo al *furor curandis*. En ese contexto, Freud ha sido considerado como alguien pesimista en relación a las posibilidades propiamente psicoterapéuticas del psicoanálisis (Horney, 1950).

Orange, Atwood y Stolorow (1997) buscaron responder la pregunta por el tipo de disciplina que el psicoanálisis es recurriendo al pensamiento filosófico de Aristóteles. Muestran que para Aristóteles existen tres grandes ámbitos en la vida humana: la teoría (que corresponde a la filosofía y su manejo de las ideas), la técnica (que corresponde a la artesanía y su manejo de materiales para crear objetos útiles) y la práctica (que corresponde a las áreas en las que estamos de una u otra manera en contacto con otros). Hemos pensado durante mucho tiempo que una dimensión esencial —tal vez la más importante— de la práctica psicoterapéutica es la técnica; es más, hemos intentado más de alguna vez “tecnificar” el quehacer clínico de la manera lo más completa posible, por ejemplo a través de la manualización de la psicoterapia. Uno de los problemas más relevantes de tal aproximación

¹⁰ Suponemos que el desarrollo de la capacidad de plantear tales interrogantes figura de manera más bien limitada en la formación médica —recordemos que especialmente en Estados Unidos solo los médicos podían acceder a una formación psicoanalítica completa.

es que los acercamientos técnicos no están diseñados para dirigirse a personas sino para producir objetos o cosas (como una receta de cocina, por ejemplo). Entonces, Orange y sus colaboradores prefieren definir el psicoanálisis como una práctica, como un quehacer que atañe a al menos dos personas que interactúan. El punto interesante es el siguiente: tanto el conocimiento teórico como el conocimiento técnico son en buena medida transmisibles a través de instrucciones objetivadas (libros, manuales, recetas, etc.) que, si son seguidas por cualquier persona con suficiente cuidado, tienden a conducir al resultado deseado. Pero, ¿y qué ocurre con la práctica?

Para poder llevar a cabo una determinada práctica de forma suficientemente buena se precisa algo más que conocimiento teórico y técnico, aunque este también es necesario. Se precisa más bien lo que Aristóteles llamó *phronesis*, esto es, inteligencia práctica, prudencia, sensatez, tino, tacto. Y las únicas maneras claras de desarrollar *phronesis* analítica son practicar y, además, aprender de quienes ponen de manifiesto “más” *phronesis* que uno mismo—profesores, supervisores, terapeutas personales, colegas... Desde mi punto de vista, la *phronesis* analítica implica al menos los siguientes aspectos inter-relacionados: capacidad de pensamiento crítico y personal (Sassenfeld, 2019); regulación afectiva (no se puede ser genuinamente *phronético* ni invadido de emoción ni desconectado de esta [Gadamer, 1960; Sassenfeld, 2019]); toma de decisiones contextuales en función de lo que esté ocurriendo en una situación dada; reflexión-en-acción (Safran & Muran, 2000); un estilo analítico individual (Gabbard & Ogden, 2009) que se distingue por una forma personal de ser psicoterapeuta; una actitud de falibilismo psicoanalítico (Orange, 1995) que sostiene las propias teorías con ligereza en función de la necesidad de auto-corregirse; abrazar el supuesto de la complejidad psicoanalítica (Coburn, 2014; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019); tolerar estados emocionales ligados entre otros a confusión, equivocación e incertidumbre (Brothers, 2008; Sassenfeld, 2019); y una ética clínica que se centra en lo que la filosofía griega clásica se cuestionó bajo la idea del buen vivir (véase más adelante). Queda en evidencia que la noción de *phronesis* analítica interpela de modo directo a la persona del terapeuta y sus capacidades.

... comparativo

Afirmé con anterioridad que el psicoanálisis relacional es pluralista en el sentido de que en su seno conviven perspectivas filosóficas, teóricas y clínicas muy diversas que ni siquiera pretenden esbozar una completa congruencia y que no siempre siquiera aceptan ser agrupadas en una concepción psicoanalítica relacional general e inclusiva (véase, en especial, Sassenfeld, 2019). En ese contexto, a mi parecer no es posible ser un psicoanalista relacional sin ser un psicoanalista comparativo capaz de entender todo fenómeno clínico desde varios

puntos de vista teórico-clínicos al mismo tiempo —no existe “la” mirada relacional. Ello termina siendo reflejo claro de que un psicoanálisis sensible a los contextos no puede más que responder en alguna medida a la multiplicidad y liquidez propias de las subjetividades contemporáneas. La única manera de mantenernos al tanto de lo que está ocurriendo en el campo del psicoanálisis relacional —a no ser que nos resignemos a un foco reducido centrado en solo algunas contribuciones— es abrirnos al enriquecimiento teórico y clínico que traen consigo las a estas alturas innumerables aportaciones de diferentes colegas con trasfondos filosóficos, teóricos y clínicos diversos también —aunque nos desafíe en términos de tolerancia a la diferencia. Por ejemplo, no es sencillo sostener los respectivos valiosos aportes de la fenomenología psicoanalítica y el neuropsicoanálisis desde puntos de vista epistemológicos y filosóficos. Allí donde la fenomenología psicoanalítica se declara abiertamente partidaria de la filosofía fenomenológica, el neuropsicoanálisis confía al menos en cierta medida en los hallazgos generados por metodologías empíricas duras.

Mitchell (1988, 1993, 1997, 2000; Greenberg & Mitchell, 1983; véase también Ringstrom, 2010) siempre abogó abiertamente por una aproximación analítica comparativa capaz de resaltar lo que diferentes perspectivas teórico-clínicas son capaces de contribuir a la hora de comprender una situación particular o un caso clínico específico. Sus escritos son, en esencia, exploraciones variadas de cómo distintos puntos de vista colaboran en el momento de poder aprehender con mucha complejidad ocurrencias clínicas desafiantes. El interés de Mitchell en una aproximación comparativa al psicoanálisis fue tan fundamental que, cuando fundó lo que hasta el día de hoy es la revista psicoanalítica relacional más importante en el mundo, *Psychoanalytic Dialogues*, decidió nombrarla incluyendo la palabra diálogo. Y, en efecto, la revista fundada por él hasta la fecha tiene una estructura básica en la cual todo artículo recibe reacciones y en base a estas contra-reacciones y renovadas respuestas a una publicación particular puede surgir un espacio de diálogo escrito. Con frecuencia, las reacciones respecto de algún artículo dado provienen de teóricos psicoanalíticos que no se identifican a sí mismos como relacionales. En cuanto psicoanálisis comparativo, el psicoanálisis relacional es siempre ya conversación entre diferentes puntos de vista y, por ende, se reafirma su ya mencionada naturaleza hermenéutica. Buscamos que prime no solo el defender nuestros propios puntos de vista, sino además la posibilidad de enriquecernos a través de lo que otras perspectivas son capaces de aportarnos.

Un psicoanálisis comparativo es exigente con las psicoterapeutas. Implica específicamente estar familiarizadas con más de un único punto de vista teórico y clínico y con sus diferentes formas de ser empleado en el contexto terapéutico. Implica, al mismo tiempo, el propio pensamiento crítico como función mediadora entre ideas provenientes de distintas tradiciones del pensamiento psicoanalítico y su utilidad en una situación analítica

dada. En otras palabras, un psicoanálisis comparativo requiere *phronesis* analítica o, también al revés, la *phronesis* analítica supone un psicoanálisis comparativo capaz de nutrirse de ideas propias de una multiplicidad de teóricos psicoanalíticos con diversos trasfondos. Mi propia experiencia clínica y supervisatoria me ha mostrado repetidamente esta circunstancia: al supervisar, por ejemplo, más de alguna vez me encuentro diciendo, "Hoy mi mente está muy winnicottiana" u "Hoy estoy pensando como Kohut". Frente a este trasfondo cabe además enfatizar que el psicoanálisis relacional en cuanto psicoanálisis comparativo a mi parecer requiere un cierto interés en la historia del psicoanálisis. Todo psicoanálisis comparativo no puede más que ser en buena medida una historia comparativa del psicoanálisis (Greenberg & Mitchell, 1983; Mitchell & Black, 1995). Es fundamental, en mi opinión, estudiar y conocer las complejas formas en las que las concepciones psicoanalíticas se han desarrollado a lo largo del tiempo y en las que tales desarrollos están entrelazados. Así como en términos clínicos sanarnos involucra conocer y aprender a amar nuestras propias historias, como psicoanalistas creo que apropiarnos de nuestra profesión trae consigo estudiar y apreciar la historia de nuestra disciplina.

... abierto a la multidisciplinariedad

El psicoanálisis siempre demostró significativo interés en otras disciplinas y sus hallazgos y conceptualizaciones. Desde Freud en adelante, muchísimos analistas han explorado la relevancia de áreas como la arqueología, la mitología, la literatura, el arte, las neurociencias, las ciencias sociales, la biología evolucionaria, la filosofía, las ciencias cognitivas y muchas otras más para el psicoanálisis. Sin embargo, cabe no perder de vista que esta importante apertura se ha manifestado en los últimos 125 años de dos formas básicas distintas: por un lado, ha existido el uso de ideas psicoanalíticas para interpretar los mismos objetos de investigación de otras disciplinas y, por otro lado, las ideas que nacen en otras disciplinas han sido utilizadas con la finalidad de enriquecer el mismo discurso psicoanalítico. Como ejemplo de la primera tendencia podríamos mencionar el empleo del concepto freudiano del complejo de Edipo a la hora de entender una determinada novela o también del concepto freudiano de sublimación a la hora de explicar la existencia de una obra dada de arte. Como ejemplo de la segunda tendencia podríamos mencionar la exploración de la utilidad de la teoría de los sistemas no-lineales dinámicos complejos a la hora de comprender el cambio analítico o también de la idea filosófica gadameriana de la fusión de horizontes (Gadamer, 1960; Sassenfeld, 2010a, 2012a, 2016, 2019) a la hora de dar cuenta de un momento clínico de profunda empatía. A mi parecer, en la primera generación de psicoanalistas en especial predominó la primera tendencia; con posterioridad, como ocurrió en el trabajo de Erich

Fromm entre otras cosas con ciertas ideas de Karl Marx, se ha expresado bastante más la segunda tendencia.

Entonces, frente a ese contexto, ¿en qué sentido se encuentra el psicoanálisis relacional abierto a la multidisciplinariedad? Me inclino decididamente por contestar que lo es en términos de la segunda tendencia recién descrita. El psicoanálisis relacional se aleja de modo definido de la imposición —aunque no de la formulación de hipótesis psicoanalíticas tentativas para intentar contribuir a la comprensión ya existente en otras disciplinas acerca de ciertos fenómenos— de ideas analíticas del tipo que sea a discursos pertenecientes y articulados en otras disciplinas. Por el contrario, sin afán de perder su propia identidad y tradición de pensamiento, hace esfuerzos por mantenerse abierto a lo que otros discursos disciplinarios pueden contribuirle —tal como ha ocurrido, por ejemplo, con las teorías de género, las teorías feministas o la neurobiología. Se interesa en este sentido en la exploración de las posibilidades conceptuales y clínicas que otros discursos disciplinarios permiten emerger. Se debe a ello, por ejemplo, que la hermenéutica psicoanalítica relacional del desarrollo de los primeros años de vida esté fundamentalmente basada en la teoría del apego y los hallazgos de la investigación de infantes (Dornes, 1993; Sassenfeld, 2022; Seligman, 2018; Stern, 2000 [1985]) —por mucho que André Green (1997), al parecer contrario a la apertura psicoanalítica a la multidisciplinariedad, declara la investigación empírica de infantes como irrelevante para el psicoanálisis. Algo similar ocurre con aquellas versiones del neuropsicoanálisis que, en vez de plantearse de modo científicamente materialista reduciendo lo psíquico a procesos neurobiológicos, logran sostener la irreductible naturaleza paralela de lo psíquico y lo neurobiológico (Schore, 1994, 2003a, 2003b, 2012, 2019).

Así, la apertura del psicoanálisis relacional a la multidisciplinariedad es reflejo de su deseo de intercambiar perspectivas con el trabajo que tantos otros investigadores no psicoanalíticos realizan en las innumerables áreas de generación del conocimiento. En consecuencia, en un espíritu de complejidad que entiende como indispensable la colaboración entre disciplinas (Morin, 1990), contamos a estas alturas con diversas exploraciones que van desde las vinculaciones del psicoanálisis contemporáneo con la teoría del caos, pasando por sus conexiones con la teología cristiana o el judaísmo, hasta llegar a consideraciones sobre su capacidad para aportar a la discusión sobre el cambio climático —por tan solo aducir algunos pocos ejemplos de la mencionada tremenda diversidad. Hoy en día, la pregunta respecto de en qué momento el psicoanálisis parece estar perdiendo su propia identidad no tiene una respuesta unívoca sino que debe ser visualizada como una interrogante que hace falta plantear una y otra vez en el marco de un psicoanálisis “líquido” por hacer uso del adjetivo que popularizó Zygmunt Bauman (2000) como descripción principal de las circunstancias socioculturales actuales. La continua pregunta respecto de la

identidad no solo caracteriza en nuestra época a los individuos, sino que al mismo tiempo está presente en las disciplinas que tienen un lugar en la sociedad contemporánea y su necesidad sentida de trazar límites claros con otras disciplinas. La enquistada herencia cartesiana de tener ideas “claras y distintas” —que equivalen a fronteras incuestionables entre fenómenos— no solo no se muestra acorde a las realidades actuales, sino que además parece interferir con la necesitada creatividad que las problemáticas individuales y colectivas contemporáneas precisan.

... subjetivo e intersubjetivo

Ya he subrayado con anterioridad en este trabajo que el psicoanálisis relacional asume la primacía de la subjetividad (Jaenicke, 2011), esto es, la circunstancia de que la noción de objetividad es una ficción que omite que hasta un supuesto observador objetivo sigue siendo un ser humano y, por ende, un sujeto. En consecuencia, pensamos en la irreducible subjetividad del analista (Renik, 1993) que trae consigo la idea de que la relación analítica es una relación entre (al menos) dos sujetos que participan e interactúan en términos tanto conscientes como inconscientes a través de lo que desde el uso del término original por parte de Carl Gustav Jung (1929) denominamos influencia mutua, con todos los fenómenos subjetivos e intersubjetivos que la consecuente existencia de un inconsciente relacional puede traer consigo¹¹. Tal como señala Karen Maroda (2002), no hay lugar donde esconderse —hasta el intento de parecer “neutral” delata una intención subjetiva, lo que nos ha hecho repensar de manera repetida la posibilidad clínica de la auto-revelación. Esta perspectiva ha transformado en profundidad nuestra manera de comprender lo que el psicoanálisis es y su forma de operar en dirección de una concepción justamente relacional: el psicoanálisis es, en esencia, un encuentro entre mentes (Aron, 1996) y entre cuerpos (Aron, 1998a) o también “un tipo especial de conversación sobre significados, un intento de buscar en conjunto un sentido en la vida emocional de un ser humano” (Orange, 1995, p. 20). En otras palabras, formamos en cuanto psicoterapeutas parte del campo interpersonal analítico y contribuimos con y sin consciencia a darle forma y esta situación tiene que informar nuestra manera de entender lo que está ocurriendo en la situación analítica a la hora de intervenir.

Ahora bien, el psicoanálisis relacional es un radical contextualismo psicoanalítico (Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Sassenfeld, 2016, 2019) en la medida en la que asume

¹¹ Los fenómenos más señalados son los *impasses* (Safran & Muran, 2000; Stolorow & Atwood, 1992) así como los *enactment* (Katz, 2014; Sassenfeld, 2012a). Recurriendo a un comentario de Jung en una carta que indica que todos no soñamos desde nosotros mismos sino desde lo que hay entre nosotros y el otro, me atreví a preguntar si acaso algunos sueños no pudieran entenderse como fenómenos que emergen desde lo inconsciente co-creado y compartido entre paciente y analista (Sassenfeld, 2020b).

que comprender en términos analíticos equivale siempre ya a contextualizar la experiencia subjetiva. Este punto de vista conlleva lo que he llamado en otra parte el principio de los principios del psicoanálisis relacional (Sassenfeld, 2019): la subjetividad individual siempre ya surge, se organiza, se mantiene y puede llegar a transformarse en el seno de determinados sistemas intersubjetivos. Para el psicoanálisis relacional, no es factible comprender de forma profunda y clínicamente constructiva el desarrollo y la potencial reorganización de la subjetividad al margen de las matrices relacionales que las posibilitan —incluso ser gestado es un fenómeno intersubjetivo. En ocasiones se ha malentendido que las teorías analíticas relacionales afirman que lo más relevante son los sistemas intersubjetivos en los cuales el individuo vive inserto en el presente. Ello, insisto, es un malentendido; los teóricos relacionales nunca han descuidado el hecho de que, aunque tratemos a una paciente en el presente de su vida, la forma particular de organización de su subjetividad tuvo lugar en sistemas intersubjetivos que constituyen la historia relacional de la persona involucrada. Y, en cuanto de modo invariable existe una cierta organización de la subjetividad, asumimos además que esas matrices relacionales históricas son históricas no solo como parte del pasado de una persona, sino que co-existen en el presente con otros sistemas intersubjetivos actuales externos como principios organizadores que representan el resultado de la internalización de experiencias relacionales históricas. Tal como asevera Orange (1995), el psicoanálisis relacional visualiza al ser humano como sujeto y ello equivale a la consideración de que es un organizador activo de manera consciente e inconsciente de sus propias experiencias —y sus tendencias a determinadas formas de organización equivale a la actuación de sistemas intersubjetivos históricos en el presente inmediato.

Al ser subjetivo e intersubjetivo en el entendido de que lo subjetivo y lo intersubjetivo no son nunca viablemente separables¹², el psicoanálisis relacional no puede más que partir del supuesto de que todo lo dicho recién vale tanto para el paciente como para la psicoterapeuta. En su encuentro clínico, cada vez se ponen en juego dos organizaciones de la subjetividad y dos experiencias subjetivas en una condensada e inextricable sobreposición de sistemas intersubjetivos históricas y presentes. En el caso de la terapeuta, por ejemplo, su comunidad profesional, sus colegas y sus supervisores son sistemas intersubjetivos actuales que están, de una u otra forma, presentes en toda sesión analítica con cada paciente. En consecuencia, más que de transferencia y contratransferencia como fenómenos separados hemos pasado a hablar de campo transferencia-contratransferencia o también de co-transferencia (Orange, 1995)—escenario fundamental que una vez más deja en evidencia que el psicoanálisis relacional tiene que abrazar la complejidad analítica (Coburn, 2014;

¹² Recuérdese la sentencia de Winnicott (1960), planteada según su propio relato originalmente en la década de 1940, respecto de que no existe tal cosa como un infante.

Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019) inherente a un campo relacional transformativo co-constituido en todo momento por (al menos) dos subjetividades que desafía en todo momento nuestra comprensión y nuestra tendencia a reducir y simplificar. Esta es una de las principales razones por las cuales tal como ya pudimos constatar el psicoanálisis relacional es phronético y yo he señalado con anterioridad que el gran meta-giro del psicoanálisis contemporáneo es un giro hacia la complejidad (Sassenfeld, 2019).

... corporizado

Partiendo en el año 2007, llevo casi dos décadas argumentando en numerosas publicaciones acerca de la fundamental necesidad del psicoanálisis relacional de entenderse a sí mismo como un psicoanálisis relacional corporizado (véase, en especial, Sassenfeld, 2018). En el año 2007, planteé en ese sentido que toda experiencia subjetiva e intersubjetiva tiene que ser visualizada desde tres puntos de vista corporizados complementarios: el punto de vista de un cuerpo subjetivo, que remite a nuestra manera particular consciente e inconsciente de vivenciarnos en nuestra existencia corporizada; el punto de vista de un cuerpo intersubjetivo, que hace referencia a nuestra experiencia consciente e inconsciente de co-existir con otros seres corporizados; y el punto de vista de un cuerpo "objetivo", que destaca que también siempre está involucrado el cuerpo tal como es concebido, medido y cuantificado (de ahí el adjetivo "objetivo") por parte de la biología y la medicina. Sin duda, la tremenda influencia de la investigación del apego, de la investigación de infantes, de las teorías de género, de las neurociencias y también del pensamiento de filósofos como Maurice Merleau-Ponty ha contribuido de maneras apenas dimensionables al surgimiento de lo que he denominado el giro del psicoanálisis contemporáneo hacia la dimensión corporal y no-verbal (Sassenfeld, 2019, 2020b, 2021). También lo ha hecho de maneras igualmente imposibles de dimensionar la comprensión conceptual y clínica del trauma en las últimas décadas. Algunos de los teóricos relacionales más destacados que pueden mencionarse en el contexto de la corporización del psicoanálisis relacional son Beatrice Beebe, Frank Lachmann, Steven Knoblauch, Lewis Aron, Allan Schore, Judith Rustin y en el último tiempo Jon Sletvold y otros. En el ámbito germanoparlante ha contribuido mucho un creciente grupo de colegas que llaman su aproximación psicoterapia corporal analítica, sobresaliendo Peter Geissler, Günter Heisterkamp, Jörg Scharff y otros.

Un paradigma corporizado en el psicoanálisis relacional significa que ya no pensamos un cuerpo pulsional sino un cuerpo relacional (Aron, 1998b; Sassenfeld, 2007, 2012a, 2016, 2019, 2020b, 2021). En ese marco, el cuerpo no está dominado en primer lugar por impulsos sexuales y agresivos innatos, sino antes que nada por afectos y esfuerzos continuos de

regulación afectiva cuya plantilla de origen es el vínculo temprano de apego de regulación afectiva mutua. No se trata de que desdibujemos la significación de los impulsos sexuales y agresivos; más bien, reconocemos que no son los dos únicos impulsos humanos y también que asumir su importancia en la vida humana no es sinónimo de creer en una teoría pulsional como aquella de Freud o Melanie Klein. Más allá, un psicoanálisis relacional corporizado tiene que asumir que todo fenómeno “psíquico” o “emocional” es siempre ya al mismo tiempo un fenómeno corporizado en el triple sentido ya mencionado. En ello, tal como Sletvold (2014) ha subrayado, podemos pasar a rescatar partes esenciales del significativo legado de Wilhelm Reich, que tan injustamente ha sido descalificado y por ende descuidado durante casi un siglo en el marco del psicoanálisis pero que ha dado origen a un amplio conjunto de psicoterapias de orientación corporal con interesantes desarrollos de largo aliento (véase, por ejemplo, Heller, 2012). Entre otras cosas, con su idea del carácter como una coraza defensiva que correlaciona con una coraza muscular en mi opinión Reich (1945 [1933]) se adelantó durante muchísimo tiempo a la concepción de lo que he llamado los aspectos sensoriomotrices de los principios organizadores de la experiencia (Sassenfeld, 2013, 2014, 2016, 2019, 2022). En efecto, aunque a ratos Reich parece muy identificado con la teoría pulsional de Freud, en términos clínicos su énfasis siempre fue sobre la experiencia emocional.

No cabe mucha duda respecto de que no ha sido fácil ir desprendiéndonos del legado freudiano respecto de la dimensión corporizada. Por lo tanto, aunque a ratos pudiera parecer tedioso, nos tenemos que acostumbrar a pensar en términos de un sujeto corporizado, una intersubjetividad corporizada, una influencia mutua corporizada, interacciones tempranas corporizadas, relaciones analíticas corporizadas... Y escribir el adjetivo de modo explícito ayuda a habituarnos a algo que en realidad siempre ha sido tan evidente en todo sentido. Nos puede ayudar, por ejemplo, a tomar plena consciencia respecto de que el uso del diván es por cierto parte del *setting* analítico pero en cuanto tal es una intervención orientada al cuerpo antes que a la mente —estar tendido en una habitación con alguien a quien no podemos ver es una profunda experiencia corporal e inter-corporal. Por colocar otro ejemplo, estas ideas nos colaboran a la hora de tener claridad respecto de que el *setting* analítico no es neutral, sino que es siempre ya reflejo de nuestra propia subjetividad (Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019). En otras palabras, la idea de un psicoanálisis relacional corporizado nos puede apoyar a la hora de volvernos más conscientes respecto de que no solo el desarrollo temprano sino la existencia humana como tal es siempre ya un fenómeno con una dimensión corporizada. Por supuesto, la dimensión corporizada de la práctica clínica se ha vuelto a hacer agudamente consciente debido al masivo uso actual de la tele-terapia o tele-análisis en nuestra época de post-pandemia. Como sea, a mi parecer el psicoanálisis relacional no es pensable como un

psicoanálisis no corporizado por los motivos aducidos y por otros adicionales que las razones de espacio impiden desarrollar.

... desarrollista

El psicoanálisis relacional es por definición un *developmental psychoanalysis* (Sassenfeld, 2022; Seligman, 2018). Aborrezco el adjetivo “desarrollista”; pero a falta de uno mejor entiendo su necesidad en español dado que uno de los términos más usados históricamente para traducir el inglés *developmental* —“evolutivo”— a mi parecer comenzó a estar demasiado cargado de connotaciones ligadas a la evolución filogenética más que al desarrollo ontogenético. Lo que adjetivar el psicoanálisis relacional como desarrollista quiere decir antes que nada más es que se encuentra en plena concordancia con uno de los puntos de vista más básicos de Freud: el punto de vista genético, que remite no a la genética sino a la génesis de los fenómenos psíquicos (Sassenfeld, 2022). Para Freud, el psicoanálisis siempre fue entendido como una teoría cuyas comprensiones solo eran significativas si éramos capaces de vislumbrar y entender cuál era la historia de origen y desarrollo de un síntoma, de un rasgo de carácter, de una determinada configuración psicopatológica. Se debe a ello que Freud prestó mucha atención al desarrollo y su conceptualización, en su caso a lo que denominó desarrollo psicosexual y sus complejas vicisitudes. Una serie de conceptos psicoanalíticos clásicos remiten por necesidad a una perspectiva desarrollista: por ejemplo, fijación, regresión, oralidad, narcisismo primario, por no mencionar el mismo concepto del complejo de Edipo. Todas estas ideas solo tienen sentido en el marco de una cierta concepción del desarrollo y sus posibles descarrilamientos y las consecuencias de estos. El psicoanálisis siempre ha sido, desde sus inicios, entre otras cosas una teoría del desarrollo psicológico, de las eventualidades de las que este puede ser objeto y de las concomitantes consecuencias.

En cuanto contextualismo psicoanalítico, al igual que el psicoanálisis clásico el psicoanálisis relacional siempre ha estado interesado en diversos contextos como lo son entre otros la relación analítica y en especial el desarrollo en cuanto contextos fundamentales que nos permiten comprender el presente (Orange, Atwood & Stolorow, 1997; Sassenfeld, 2016, 2019, 2022) —lo que no se limita al desarrollo infantil en la medida en la que a raíz de los pioneros aportes de Jung y Erik Erikson toma en cuenta todo el ciclo vital. Ahora bien, como parte de reemplazar la teoría pulsional tradicional por una teoría de múltiples sistemas motivacionales (Lichtenberg, Lachmann & Fosshage, 1992, 1996, 2011; Sassenfeld, 2012a, 2019) las teorías analíticas relacionales se han inscrito en concepciones del desarrollo radicalmente diferentes de la teoría freudiana del desarrollo psicosexual. El énfasis clásico en

una progresión de la significación de distintas zonas erógenas para el crecimiento del psiquismo dio lugar a colocar en el centro de atención el desarrollo del self, de la mismidad, en sus dimensiones conscientes, inconscientes e implícitas (BCPSG, 2010; Sassenfeld, 2018, 2019, 2022; Schore, 1994, 2003a, 2003b, 2012, 2019; Stern, 2000 [1985]). A ello contribuyeron de modo esencial la investigación del apego y la investigación de infantes, que en especial a partir de la década de 1970 se fueron convirtiendo en influencias determinantes para los teóricos psicoanalíticos relacionales y su transformación de la concepción del desarrollo (véase, como ejemplo paradigmático, Lichtenberg, 1983). Al desplazar el acento de la psicosexualidad al self los vínculos afectivos pasaron a ser el interés principal de los analistas relacionales. En la historia del psicoanálisis los antecedentes de lo dicho deben buscarse en particular en las teorías británicas de las relacionales objetales, como aquellas de Ronald Fairbairn, Donald Winnicott, Michael Balint, Harry Guntrip, Ronald Laing y otros.

Lo central de los cambios mencionados ha guardado relación con cómo concebimos al infante humano, área en la que se han producido profundas modificaciones. Hemos transicionado desde una perspectiva psicoanalítica tradicional que lo entiende mediante conceptos como narcisismo primario, autismo normal o indiferenciación sujeto-objeto — ideas que subrayan una atribuida incapacidad del bebé para relacionarse con otros sino en base a sus impulsos y necesidades— hacia una perspectiva en la que hablamos de un infante competente (Dornes, 1993) y de un infante sorprendente (Field, 2007) que es capaz y que de hecho busca el contacto con otros seres humanos desde sus inicios¹³. En el psicoanálisis, la esencia de estas nociones se encuentra en la temprana y rupturista sentencia de Fairbairn (1941) respecto de que el infante no busca el placer, sino el objeto —es decir, que en primer lugar busca al otro a pesar de que el otro puede implicar experiencias displacenteras. Asumimos en la actualidad que incluso ya en el útero (Piontelli, 1992) existen capacidades fetales de interacción significativa que no hacen más que multiplicarse a partir del momento del nacimiento. Tal vez en ese sentido hace falta una relectura del concepto del trauma del nacimiento de Otto Rank (1924) desde un punto de vista relacional. Nuestra concepción psicoanalítica actual del infante lo retrata como un ser vivo que no solo necesita para sobrevivir, sino que activamente busca el contacto con otros seres humanos. Por supuesto, necesita de otros para satisfacer necesidades básicas como la alimentación, pero hemos dejado de reducir su necesidad de contacto afectivo a la satisfacción de necesidades básicas. Existe una intersubjetividad primaria (Trevarthen & Aitken, 2001) que motiva al infante a establecer contacto porque el contacto mismo es necesario y satisfactorio.

¹³ No debiera pasarse por alto que dentro del psicoanálisis esta idea subyace al trabajo tardío de Ferenczi y fue planteada abiertamente por Reich.

... afectivo

Si el psicoanálisis relacional, tal como ya he dicho, se ha desprendido de la teoría pulsional freudiana, ¿qué la ha reemplazado? Sigue necesitando entender por qué las personas hacen lo que hacen. Afirmé que lo ha hecho en lo fundamental la articulación de una teoría de múltiples sistemas motivacionales¹⁴ que no son reductibles unos a los otros (en especial, Lichtenberg, Lachmann & Fosshage, 1992, 1996, 2011; Sassenfeld, 2012a, 2019, 2020b). Ahora bien, ¿qué media en términos subjetivos la activación de algún sistema motivacional en particular? El psicoanálisis relacional asume que el concepto de pulsión es reemplazado por la noción de afecto (Bromberg, 2011; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019; Stolorow, 2002). En otras palabras, desde el punto de vista motivacional el ser humano hace lo que hace debido a cómo se siente consciente y/o inconscientemente. Ello incluye los impulsos sexuales y agresivos entendidos como afectos corporizados; así, la relevancia de la sexualidad y la agresión no requiere del concepto de pulsión para que ambas sean visualizadas como fuerzas motivacionales muy significativas aunque no exclusivas. Sería un malentendido considerar que el psicoanálisis relacional subestima la importancia de la sexualidad y la agresión en la experiencia de las personas. Tan solo no las concibe como lo único importante ni como aquello a lo que todo lo demás puede reducirse. El psicoanálisis relacional es definitivamente anti-reduccionista al abrazar la compleja noción de complejidad tanto en términos teóricos como en términos clínicos (Coburn, 2014; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019).

Pensar el psicoanálisis relacional como afectivo significa de inmediato pensarlo como un psicoanálisis ligado a la noción de regulación afectiva en la medida en la que no existen afectos al margen de procesos regulatorios (Sassenfeld, 2006, 2010b, 2012b, 2022) así como pensarlo por ende como un psicoanálisis ligado al desarrollo de la regulación afectiva en determinados sistemas intersubjetivos de regulación mutua (Beebe & Lachmann, 2002; Sassenfeld, 2012a, 2012b, 2016, 2018, 2019, 2022; Schore, 1994, 2003a, 2003b, 2012, 2019; Stolorow & Atwood, 1992). Entre otros, Allan Schore (1994, 2003a, 2003b, 2012, 2019) ha mostrado de manera sistemática y convincente que en buena medida las posibilidades disponibles de regulación afectiva de un adulto tienen sus raíces en la internalización de las experiencias habituales de regulación interactiva en el vínculo temprano de apego. Dicho de otro modo, hacemos con cómo nos sentimos en algún grado lo que hicieron otros significativos repetidamente con cómo nos sentíamos. Es afortunado que hoy en día sabemos también que nuevas experiencias de regulación mutua son capaces de posibilitar la internalización gradual de novedosas formas de auto-regulación. Esa es, en efecto, una de las teorías relacionales más importantes de la acción terapéutica de la psicoterapia psicoanalítica

¹⁴ Lichtenberg, Lachmann y Fosshage (2011) asumen siete sistemas motivacionales diferenciados: regulación fisiológica, apego, exploración/aserción, aversión, sensualidad/sexualidad, cuidado del otro y afiliación.

relacional. Tal perspectiva destaca por lo tanto que más allá de los contenidos específicos con los que trabajamos en el proceso analítico puede ser al menos igualmente relevante la experiencia emocional y relacional sostenida que desconfirma ciertas experiencias históricas de nuestra paciente a través de una relación necesitada (Stern, 2017). Esta perspectiva tiene sus antecedentes en el pensamiento de Ferenczi, Alexander, Fromm, Kohut y Winnicott, entre otros.

En términos clínicos, la primacía de la afectividad en el psicoanálisis relacional se traduce en el despliegue de una cuidadosa atención a los vaivenes de los afectos de nuestro paciente. Esta atención es de tal relevancia que literalmente el impacto emocional de nuestras intervenciones es más importante que lo que decimos cuando intervenimos. Seguimos con cuidado la pista a lo que nuestras intervenciones generan en términos emocionales como base para nuestras próximas intervenciones (Lichtenberg, Lachmann & Fosshage, 1996; Sassenfeld, 2012a, 2016). Los contenidos sin duda son fundamentales, pero también lo es el proceso afectivo que se despliega durante una sesión analítica particular. Solo el seguimiento sistemático de ese proceso afectivo nos permite mantener la experiencia emocional subjetiva del paciente dentro de lo que Daniel Siegel (2012 [1999]) llamó la ventana de tolerancia afectiva, que corresponde al rango dentro del cual el paciente ni disocia sus afectos ni se ve inundado por estos sino que logra mantenerse en contacto con estos. La centralidad de esta idea quedará clara en la próxima sección. Tal como enfatice en la sección previa, el acento de la comprensión psicoanalítica del desarrollo se ha desplazado desde la psicosexualidad hacia el self como dimensión central y ello corresponde también al desplazamiento recién descrito desde el concepto clásico de pulsión hacia la afectividad, que es cercana a la experiencia vivida del sujeto y que responde al carácter fenomenológico del psicoanálisis relacional que comenté con anterioridad.

... traumatocéntrico

En alguna medida, la historia del psicoanálisis puede visualizarse como paso de una aguda consciencia respecto de la significación etiopatogénica del trauma en la teoría de la seducción de Freud antes de 1897, pasando por una larga etapa de un bastante generalizado descuido del trauma y un sistemático énfasis en los conflictos pulsionales y el complejo de Edipo, hacia un gradual renovado re-conocimiento más general de las experiencias traumáticas para el surgimiento de lo que recientemente denominé organizaciones problemáticas de la subjetividad (Sassenfeld, 2020b) a partir de la década de 1980. Philip Bromberg (2011) argumentó en este sentido que ha dejado de ser útil diferenciar entre pacientes traumatizados y no traumatizados; más bien, le parece que la pregunta clínica principal es

cuán amplias son las áreas de la subjetividad de un paciente dado que se han organizado en torno al trauma. Así, el psicoanálisis relacional es traumatocéntrico y ello implica al mismo tiempo asumir la fundamental importancia de los procesos disociativos. El concepto de disociación fue utilizado en un inicio por Freud en los *Estudios sobre la histeria* (1895) que escribió con Josef Breuer para ser prontamente abandonado y reemplazado por la noción de represión. En paralelo al desarrollo del psicoanálisis, fue en Francia Pierre Janet que mantuvo la utilización del término disociación y además en relación específica con el trauma, a lo que se debe que en las últimas décadas su trabajo ha sido redescubierto.

Ahora bien, el fenómeno de la disociación es tremendamente multifacético y, de hecho, los teóricos relacionales tienden a asumir que la subjetividad misma funciona de manera disociativa (Bromberg, 1998, 2006, 2011; Howell, 2005; Howell & Itzkowitz, 2016; Sassenfeld, 2012a, 2019, 2020b; Stern, 1997). Ello no significa que el origen de la subjetividad es en sí mismo el trauma, sino más bien que existen procesos disociativos que no son movimientos defensivos frente a las experiencias traumáticas. Concentrarse o prestar atención son desde este punto de vista procesos disociativos cotidianos que son efectivamente necesarios para posibilitar nuestra adaptación a la vida cotidiana. Muy influyente ha sido en este sentido la llamada teoría de los múltiples estados del self articulada en un comienzo por Philip Bromberg de acuerdo a la cual estamos constituidos por diferentes estados del self cuyo predominio en cada momento depende en gran medida de variables contextuales. Por ejemplo, cuando recibimos a una paciente entramos en el estado del self de la analista y para ello disociamos otros estados del self, como pudieran ser la madre, la hija o la amiga. Solo de ese modo somos capaces de prestar atención y escucha durante la sesión a nuestra paciente. Pero una vez que la sesión concluye por lo común con fluidez transicionamos hacia algún otro estado del self que resulta congruente con alguna otra actividad que necesitamos llevar a cabo. Así, la multiplicidad psíquica —más radical que aquella que Freud (1923) imaginó en *El yo y el ello*— es lo normal y la disociación vuelve la naturaleza psicodinámica de la psique aún más dinámica de lo que Freud imaginó.

Tal como señalé, en la obra de Freud se produjo un significativo cambio desde el trauma hacia el conflicto pulsional, cambio que marcó el psicoanálisis tradicional de manera duradera. No obstante, las teorías británicas de las relaciones objetales y la psicología del self fueron ampliando la investigación y el tratamiento psicoanalíticos de pacientes no neuróticos en quienes el conflicto pulsional resultaba ser una concepción insuficiente. Muchas décadas después, Bjørn Killingmo (1989) intentó sintetizar tales desarrollos del psicoanálisis al afirmar que podíamos distinguir entre pacientes ligados al conflicto y pacientes ligados al déficit (trauma). A pesar de lo atractiva que puede parecer su propuesta, el psicoanálisis relacional ha optado por deconstruirla. ¿Es que nuestros pacientes traumatizados no experimentan

conflicto? Por cierto, lo relevante no es el conflicto pulsional frente al trasfondo ya mencionado de un reemplazo de la teoría de las pulsiones por una teoría de los sistemas motivacionales y la afectividad. Pero el trauma, tal como mostró Ferenczi (1949 [1933]) de forma magistral, conlleva un conflicto propio: en la experiencia traumática relacional, el niño se encuentra en la encrucijada de tener que disociar lo que está experimentando con tal de mantener el lazo afectivo necesitado con quien lo traumatiza (estamos asumiendo como paradigma del trauma a un cuidador primario que traumatiza a la niña siguiendo a Ferenczi). En otras palabras, su conflicto es entre afirmar sus propios afectos generados por el trauma y resguardar una relación que necesita para sobrevivir —por supuesto, la resolución del conflicto en el desarrollo temprano es esperable: diferentes teóricos la han llamado sometimiento (Ghent, 1990), falta de reconocimiento mutuo (Benjamin, 1990), acomodación patológica (Brandchaft, Doctors & Sorter, 2010), subyugación (Shaw, 2014) e incluso colonización emocional (Bleichmar & Espeleta, 2017). Lo que todas estas ideas comparten son dos cosas: una experiencia de dis-regulación emocional que Bromberg (2011) llamó *tsunami* y, por otro lado, una intersubjetividad traumatizante marcada por la imposición violenta de una subjetividad por sobre otra. Estos dos aspectos son lo que convierte la noción de la ventana de tolerancia emocional en un elemento clave del proceso analítico.

... empático e introspectivo

¿Cómo suponen los psicoanalistas relacionales que acceden a la información vivencial relevante para el proceso analítico? Desde un punto de vista epistemológico, Kohut (1959) aclaró hace mucho tiempo que accedemos a la experiencia de forma introspectiva y a través de la empatía —definida como introspección vicaria— cuando la experiencia es de otra persona. Ahora bien, más allá de la epistemología, si estamos suponiendo que muchas de las experiencias que nuestros pacientes traen a su análisis son de naturaleza traumática, ¿cómo accedemos y cómo acogemos tales experiencias que involucran afectos dis-regulados que han tenido que ser disociados y además experiencias relacionales de traición (Freyd, 1996) y/o descuido y negligencia (Cohn, 2022; Stauffer, 2021)? En ese sentido, aunque no se corresponde con la definición que Kohut dio de la empatía como un fenómeno emocionalmente neutro desde el punto de vista valórico³⁵, las analistas relacionales asumen que la actitud clínica basal tiene que ser de lo que se ha denominado responsividad óptima (Bacal, 1985), disponibilidad emocional (Orange, 1995) y hospitalidad clínica (Orange, 2011).

³⁵ En alguna ocasión, Kohut aseveró que una de las personas más empáticas de la historia había sido Hitler. Lo que quiso decir es que la posibilidad del acceso a la experiencia de otros no conlleva necesariamente una actitud compasiva. De manera paradójica, esta idea de Kohut parece asumir que un sociópata debe ser considerado como alguien muy empático —hablando en términos epistemológicos.

Joseph Lichtenberg, Frank Lachmann y James Fosshage (1996) indicaron hace años que el primer principio de la técnica analítica relacional es la amabilidad. Cuando lo leí por primera vez, no me llamó mayormente la atención. Pero la segunda vez recuerdo haberme detenido y preguntado: ¿qué necesidad hay de subrayar la amabilidad? ¿No es acaso obvio que el psicoterapeuta se relacione con su paciente con amabilidad? Al parecer, en la historia del psicoanálisis no lo es. Supongo que ese énfasis responde a una elaboración de las propias experiencias analíticas como pacientes de Lichtenberg, Lachmann y Fosshage.

Las ideas aducidas se entrecruzan con lo que mencioné con anterioridad acerca de la hermenéutica de la confianza. En el marco de una hermenéutica de la confianza, la actitud analítica congruente se caracteriza por la acogida del otro, apertura a su experiencia y quizás por lo que Daniel Shaw (2013) siguiendo la senda de Ferenczi llamó amor analítico (Sassenfeld, 2017). Orange (1995) entre varios otros teóricos relacionales ha destacado que la actitud que hemos estado describiendo implica ser un testigo emocional de la experiencia de nuestra paciente, en particular de sus experiencias traumáticas. En ocasiones, se supone que la función del testigo emocional solo remite a una postura receptiva pero en esencia pasiva frente a lo que ocurre en la sesión analítica. Esa es una caracterización insuficiente; con frecuencia, ser un testigo emocional requiere intervenir de manera activa validando las experiencias que relata un paciente e incluso en ocasiones expresando de modo regulado pero sentido afectos como indignación o tristeza. Como puede constatarse, la empatía involucra poner en juego un diverso conjunto de actitudes o disposiciones por parte del psicoterapeuta. Lo que tal vez las orienta en términos generales es lo que Howard Bacal (Bacal & Carlton, 2011) ha denominado especificidad analítica, esto es, la necesidad de que los terapeutas entendamos que nuestras intervenciones no tienen que regirse por parámetros técnicos generales, sino por una consideración continua de la situación específica frente a la que nos encontramos. Dicho de otro modo, ser empático desde la perspectiva psicoanalítica relacional precisa *phronesis* analítica.

¿Y qué hay de la introspección hoy en día? Pareciera que se trata de un término que ha caído en desuso. Tampoco hablamos en la actualidad mucho de auto-análisis. Sin embargo, aquello a lo que hace referencia se ha vuelto quizás incluso cada vez más importante a partir de Freud en adelante. Con la concepción de la contratransferencia no como un obstáculo sino como una de las herramientas más significativas de las que disponemos las psicoterapeutas relacionales el proceso de poder reconocer y comprender lo que nos ocurre en cada sesión analítica con cada paciente es uno de los procesos centrales de toda experiencia clínica. Todos conocemos las complejidades inherentes a estos procesos subjetivos en modelos que incluyen lo inconsciente, a una parte de los cuales Donnel Stern (2004) llamó “el ojo que se ve a sí mismo”, sobre todo cuando además asumimos la ubicuidad

de la disociación. Resulta un tanto curioso que al plantear la irreductible subjetividad del analista (Renik, 1993) y la implicación continua de esta en la interacción analítica por medio de la influencia mutua no contemos con mayores desarrollos conceptuales y clínicos respecto de lo que solía denominarse introspección. Posiblemente, una parte de este vacío puede explicarse por la emergencia de la teoría de la mentalización (Fonagy, Gergely, Jurist & Target, 2002), que incluye la noción de la capacidad de auto-mentalización, esto es, la capacidad de entender nuestra propia experiencia subjetiva. Con todo, considero que al tratarse de nuestra principal herramienta para el trabajo psicoterapéutico estamos en falta respecto de su conceptualización sistemática.

... contextualista

En una sección anterior señalé que el psicoanálisis relacional puede concebirse como un radical contextualismo psicoanalítico. ¿Qué significa eso? En primer lugar, que nos hemos alejado definitivamente de la tendencia del psicoanálisis clásico al universalismo, esto es, a la idea de que ciertas cosas —como el complejo de Edipo— aplican en el caso de todos los seres humanos. En la medida en la que otras disciplinas como la filosofía o las ciencias sociales han avanzado en dirección de un relativismo moderado que reconoce la significación de variables como la historia, el funcionamiento social y la cultura como determinantes en la configuración de las subjetividades, el psicoanálisis se ha ido acomodando en un contextualismo. La verdad es que no se trata del todo de una novedad; algunos de los primeros antropólogos psicoanalíticos habían cuestionado la universalidad del complejo de Edipo o de la naturaleza inherentemente conflictiva de la sexualidad en el desarrollo humano al observar otras culturas. También el psicoanálisis interpersonal, al estar influenciado de forma profunda por la antropología y en especial por las teorías sociales críticas, se mostró en desacuerdo con la concepción freudiana de la sexualidad femenina y mucho más en general con la escasa mención analítica tradicional de la estructural influencia de una determinada sociedad y cultura en un momento histórico dado sobre las organizaciones predominantes de la subjetividad. Al ser el psicoanálisis interpersonal y por otro lado la apertura multidisciplinaria matrices de origen del psicoanálisis relacional, no debiera sorprender que lo podemos visualizar como un contextualismo.

Frente a este trasfondo, hace algunos años indiqué que a mi parecer uno de los giros que traspasa el movimiento psicoanalítico relacional es un giro contextualista hacia la consideración sistemática de los contextos históricos, sociales, culturales, religiosos, socioeconómicos, políticos, lingüísticos, transgeneracionales y de cualquier otro tipo en la conformación de las formas habituales de subjetividad e intersubjetividad en un momento

dado (Sassenfeld, 2019). Por ende, contamos con cada vez más publicaciones que ponen en relación determinados contextos con las teorías analíticas relacionales existentes, incluyendo la crisis climática (Orange, 2017). Esta sensibilidad contextualista nos ha exigido realizar el ejercicio de contextualizar el mismo psicoanálisis —y no solo en términos globales como un fenómeno que surge en una época cultural histórica europea respondiendo a ciertas características de esa época. También hemos pasado a asumir que el surgimiento del psicoanálisis relacional en particular guarda relación con las condiciones socioculturales históricas que son previas a la década de 1980 y que, en el fondo, la aparición de nuevas teorías psicoanalíticas de cualquier tipo es en parte una respuesta a las necesidades y malestares de ciertas sociedades. Así, en la actualidad entendemos el psicoanálisis relacional como una institución social producto de la cultura occidental de las últimas décadas que promueve ciertos estilos de vida posibles en nuestra cultura por sobre otros (Cushman, 1995; Hoffman, 1998; Mitchell, 1997; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019; Stern, 1997).

Para ilustrar la naturaleza contextualista del psicoanálisis relacional me gustaría presentar la siguiente cita de Martin Altmeyer y Helmut Thomä (2010 [2006]) de hace algunos años:

globalización progresiva ha acercado las culturas y a la vez ha generado conflictos de cercanía cuya dinámica intercultural comprendemos de modo insuficiente. La rápida expansión de la economía capitalista le ha traído a anteriores países en desarrollo con el progreso económico también cambios sociales cuyas consecuencias psíquicas no están comprendidas para nada. La digitalización de las vías de información y comunicación ha impregnado la vida cotidiana de los seres humanos de tal manera, que también las relaciones entre personas son mediadas de forma creciente por el uso de correspondencia electrónica, smartphones multifuncionales y redes sociales en internet. La medialización de la sociedad global ha abierto espacios universales de espejeamiento y resonancia, que hasta hace poco solo estaban disponibles a los bellos, ricos o importantes y que ahora pueden ser utilizados por cualquiera para presentarse a sí mismos o sus obras a un público interesado. Todos estos cambios significan un enorme desafío para el psicoanálisis contemporáneo, que también ha cambiado y que tiene que seguir cambiando [...] (Altmeyer & Thomä, 2010 [2006], p. i)

Añadamos a esta muestra de sensibilidad psicoanalítica contextualista contextos más recientes como la pandemia por COVID y la forma profunda y duradera en la que ha transformado no solo el mundo como tal, sino también específicamente nuestra manera de ejercer la psicoterapia. Creo que no tengo ninguna colega y ningún colega que no atiende al menos una parte de sus pacientes de modo virtual.

... sociocrítico y emancipador

En alguna medida, el psicoanálisis siempre ha sido una disciplina crítica respecto de ciertas realidades sociales y culturales. Partiendo por la negativa de Freud a participar de la negación general de la sexualidad infantil, entre otras cosas, siempre han existido psicoanalistas dispuestos a plantear sus ideas respecto de lo que una sociedad o cultura dada parece no funcionar bien. Varios de ellos estuvieron influenciados por Karl Marx, quien quizás puede ser considerado el originador más sistemático de las concepciones críticas respecto del funcionamiento social, incluyendo a Ernst Simmel, Wilhelm Reich y Otto Fenichel. Ya he hecho mención de los psicoanalistas interpersonales, como Fromm y Horney, que sostuvieron posturas críticas claras respecto de diferentes aspectos del funcionamiento social y cultural. Fromm y varios de sus colegas sociólogos en la llamada Escuela de Frankfurt estudiaron de forma crítica el autoritarismo en las sociedades alemana desde la aparición de Hitler y norteamericana de postguerra. Diría en ese sentido que el psicoanálisis ciertamente puede considerarse anti-autoritario, aunque es necesario agregar que ello no quiere decir que es contrario a la autoridad legítima. Fromm y sus colegas justamente diferenciaron el autoritarismo respecto de otras formas "racionales" de autoridad que pueden y tienen que cumplir funciones constructivas en el tejido social. Esta postura sociocrítica ha implicado que el psicoanálisis relacional ha contemplado la historia del psicoanálisis y sobre todo la formación psicoanalítica con un lente crítico que revela las enquistadas dinámicas de autoritarismo y poder. Otto Kernberg (1996) hace años publicó un trabajo con el elocuente título, "Treinta métodos para destruir la creatividad de los candidatos psicoanalíticos".

Ya en el pensamiento de Marx su perspectiva sociocrítica trajo consigo la idea de generar acciones respecto de aquello percibido como deficiente en el funcionamiento social y cultural, lo que culminó como sabemos en el manifiesto comunista (muy distinto, dicho sea de paso, al menos en algunos aspectos a los usos dictatoriales de los que este escrito fue objeto en el siglo XX). A partir de Marx, surgió con ello el término emancipación como manera de dar cuenta de lo que era considerado necesario: la clase obrera tenía que emanciparse y así modificar de manera revolucionaria las condiciones capitalistas existentes. El psicoanálisis relacional está, como podemos comprender, lejos de tener una agenda de activismo político en ese sentido; no obstante, la declaración de principios de la International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy (IARPP) por cierto adscribe a valores democráticos, pluralistas y de respeto que tienen dimensiones e implicancias políticas. Como sea, lo importante desde el punto de vista clínico es que existen dos conceptos derivados de Marx que en alguna medida siguen siendo relevantes: alienación y emancipación. Fromm hizo un uso constante de la noción de alienación, pero el término también se encuentra de modo central en el trabajo de Stolorow y Atwood (1992) respecto del mito de la mente

aislada. Por otro lado, el originador del concepto de la acomodación patológica, Bernard Brandchaft, accedió a que el subtítulo de la colección de sus artículos fuera, "Hacia un psicoanálisis emancipatorio". En otras palabras, Brandchaft creía que el camino de salida respecto del trauma relacional era que el sujeto implicado pudiera emanciparse. ¿Emanciparse respecto de qué? En primer lugar, respecto de quienes colonizaron su mundo subjetivo y, en segundo lugar, respecto de los objetos traumáticamente internalizados que continúan sometiendo al sujeto desde dentro.

Lo que hemos estado discutiendo en esta sección plantea interrogantes significativas. ¿Qué lugar tiene la política en la situación analítica? Sería ingenuo pensar que es efectivamente posible dejar fuera del espacio terapéutico la dimensión política ya que esta es una dimensión de toda subjetividad que, por cierto, puede disociarse y mantenerse inconsciente. Ha sido Andrew Samuels (2001, 2015) en particular quien ha tematizado el lugar de lo político en la relación analítica. Pueden emerger constelaciones intersubjetivas significativas tanto cuando las convicciones políticas de analista y paciente son similares como cuando son muy distintas pudiendo generar tanto lo que Stolorow y Atwood (1992) llaman *impasse* por conjunción intersubjetiva como *impasse* por disyunción intersubjetiva respectivamente. En otras ocasiones, cuando por ejemplo en el país o en la ciudad donde viven analista y paciente en términos contextuales están transcurriendo situaciones de índole política o también en otras partes del mundo —elecciones, protestas, escándalos— lo político puede formar parte de lo que una paciente trae a sesión así como puede estar afectando a paciente y analista sin que se hable de forma abierta al respecto. Como sea, el compromiso del psicoanálisis relacional con valores democráticos, su apertura intrínseca al diálogo y su empleo teórico y clínico de conceptos como alienación y emancipación dejan traslucir que sin duda existe en él una dimensión política.

... ético y compasivo

A menudo hablamos de ética profesional, esto es, de los estándares éticos que deben guiar nuestro trabajo en todo momento para proteger a nuestros pacientes pero también a nosotros mismos. La dimensión ética es como la recién discutida dimensión política: todo comportamiento humano la tiene, por mucho que pueda estar operando al margen de la consciencia. A pesar de que Fromm (1947) acusa a Freud de ser un relativista ético, me parece que ello es cuestionable al menos en un sentido: Freud adscribía bastante claramente a una ética de la verdad, esto es, asumió la verdad como el más importante de los valores y buscó

que tanto él como el psicoanálisis se orientaran en función de la búsqueda de la verdad¹⁶. Su práctica de lo que en una sección previa denominamos hermenéutica de la sospecha apuntaba justamente al desenmascaramiento analítico de todo aquello que no era verdadero. Entonces, ¿dónde se posiciona el psicoanálisis relacional respecto de la ética del quehacer psicoterapéutico? Cuando mencioné con anterioridad que una meta transversal de la práctica relacional es el alivio del sufrimiento de nuestro paciente ya nos estábamos moviendo en el territorio de la ética. Nuestro deber ético es, en consecuencia, antes que nada el compromiso con realizar nuestros mejores esfuerzos por ayudar a nuestra paciente dentro de lo posible a sufrir menos o a sobrellevar su sufrimiento de una manera menos dañina.

La ética ha pasado a ocupar un lugar de tal relevancia en el psicoanálisis relacional que hace ya años hablamos de un giro ético (Goodman & Severson, 2016; Orange, 2011, 2016; Sassenfeld, 2019). Este giro ético ha tenido relación con varias interrogantes. ¿Qué considera el psicoanálisis es el buen vivir? ¿Cómo se plantea frente al sufrimiento humano? ¿Qué tipo de relacionalidad entiende como constructiva y óptima? La primera pregunta ha estado ligada a la reflexión filosófica entre diferentes teóricos relacionales. La segunda es una profunda pregunta clínica, pero también está ligada entre otras cosas a la influencia que sobre diversos analistas han tenido el *mindfulness* y el budismo. La tercera interrogante en realidad no podía dejar de articularse y tiene que ser reflexionada en mi opinión una y otra vez: si el psicoanálisis relacional, ya dado su nombre, gira en términos teóricos y prácticos en torno a las relaciones y se visualiza a sí mismo en términos clínicos como transformación del self a través de una relación (Wallin, 2007), resulta indispensable tener ideas claras respecto de lo que consideramos sano y favorecedor del desarrollo en los vínculos con otros. Sandra Buechler (2004) ha explorado la significación de que el psicoanálisis relacional aclare los valores analíticos que deben guiar nuestro trabajo cotidiano y, entre otras cosas, destaca el poder inspirar esperanza en nuestros pacientes, lo que debido a la ya mencionada primacía de la subjetividad toca de cerca la ética de los psicoterapeutas relacionales en sus vidas personales así como su capacidad de sentir esperanza. Buechler (2008) subraya que nuestra fundamental tarea es marcar una diferencia en la vida de nuestras pacientes.

En el giro ético del psicoanálisis relacional ha tenido un impacto duradero la obra del fenomenólogo Emmanuel Lévinas, tal vez el filósofo ético más importante del siglo XX.

¹⁶ “En 1923, su médico personal en aquella época Felix Deutsch le ocultó el diagnóstico inicial de su cáncer mandibular por temer que le produjera un ataque al corazón (Freud acababa de pasar por un duelo debido a la muerte de un nieto de seis años que había enfermado de tuberculosis) pero lo compartió entre algunas otras personas cercanas a Freud con Jones. Cuando Jones le confesó a Freud tal circunstancia, Freud se enfureció porque le hubiesen ocultado la verdad exclamando “¿Con qué derecho?” (Cohen, 2014)” (Sassenfeld, 2019, pp. 400-401). De hecho, Freud cambió de médico de cabecera, lugar que asumió Max Schur hasta la muerte de Freud.

Supongo que la descripción del psicoanálisis relacional como un psicoanálisis compasivo está vinculada con el pensamiento de Lévinas. El concepto central en la filosofía ética de Lévinas es su noción del rostro. Lévinas afirma que en la experiencia ética “vemos” el rostro del otro, lo que significa que en ese momento percibimos al otro en un estado de máxima vulnerabilidad y necesidad. Cuando esta experiencia ética se da, la interpelación personal que la percepción del rostro del otro nos impone solo posibilita una única respuesta congruente: socorrer al otro, buscar aliviarlo. A esta radical asimetría relacional, quizás la mayor verticalidad posible entre quien necesita y quien percibe ese estado, Lévinas la denominó una curvatura en el espacio intersubjetivo. Existen sin lugar a duda ciertas diferencias entre la experiencia ética que describe Lévinas y nuestro lugar como psicoterapeutas, por ejemplo porque nuestro paciente nos paga y acude a donde nosotros estamos (lo que, por cierto, ha cambiado con la tele-terapia). No obstante, la mutualidad asimétrica que define la relación analítica (Aron, 1996; Hoffman, 1998; Sassenfeld, 2012a, 2016, 2019) gran parte del tiempo posibilita que, tal como asevera Lévinas, estemos-para-el-otro en un estado de “subjetividad mínima”, al menos durante el tiempo que constituye una sesión terapéutica. Durante una sesión terapéutica, nuestra subjetividad por así decir importa menos que la de nuestro paciente que sufre. Se debe a ello que muchos analistas hemos encontrado un referente significativo en el trabajo de Lévinas que nos ayuda a visualizar el psicoanálisis relacional como un psicoanálisis ético y compasivo.

Complejidad y contextualismo radical

En este trabajo, he desarrollado resumidamente veinte formas de completar la frase “El psicoanálisis relacional es...” que deben ser visualizadas como inter-dependientes. He tocado aspectos epistemológicos, filosóficos, teóricos y clínicos. En ningún caso he pretendido exhaustividad; más bien, quise plantear una manera distinta de introducir al psicoanálisis relacional. Espero que este mosaico, que no busca reemplazar presentaciones más lineales y sistemáticas como las dos que yo mismo he escrito (Sassenfeld, 2012a, 2019), invite a acercarnos al psicoanálisis relacional de modo diferente. No se trata de más que de una introducción condensada, pero supongo que cubre los elementos más importantes en cierta medida. Incluí a mi parecer suficientes referencias bibliográficas como para permitir que cualquier temática particular de interés haga posible buscar puntos de partida iniciales para una eventual profundización. Estando hace ya veinte años trabajando desde la perspectiva psicoanalítica relacional ha sido una necesidad mirar y volver a mirar los principios fundamentales que sostienen lo que los analistas relacionales hacemos cuando atendemos pacientes y cuando supervisamos. Los veinte aspectos a los que he hecho referencia intencionan dar cuenta de lo amplio que es el psicoanálisis relacional sin simplificarlo. Creo

que es necesario asumir que se trata de una disciplina que requiere, aunque a ratos se dificulte, apertura a las contradicciones, las ambigüedades y las incertidumbres —lo cual me parece establecer una continuidad histórica con lo que el psicoanálisis ha hecho desde sus inicios.

Cuando completé mi libro *Los giros del psicoanálisis contemporáneo: Una introducción al psicoanálisis relacional* (2019), que se basó en un artículo publicado un año antes, llegué a una conclusión que detallé al final del libro. Indiqué que desde mi punto de vista era posible entender en términos generales a través de la concepción de seis giros filosófico-teórico-clínicos el movimiento psicoanalítico relacional. Ahora bien, los seis giros en su conjunto, concluí, dejan en evidencia una especie de meta-giro: un evidente giro hacia la complejidad. Cada giro invita a pensar, sentir y ejercer teniendo en mente la complejidad del desarrollo, de las organizaciones de la subjetividad y de la relación analítica y sus vicisitudes. Nuestra palabra complejidad deriva etimológicamente del latín *complexus*, que remite a lo que está tejido junto, es decir, a un tejido. Y todo tejido, por simple que parezca, está hecho de numerosas hebras y solo puede ser lo que es debido a ese entrelazamiento complejo de hebras. La fuerte influencia que he tenido de la hermenéutica filosófica de Gadamer me ha hecho asumir que la comprensión siempre se produce por medio de la contextualización. Por lo tanto, quisiera cerrar este trabajo reiterando que para mí el psicoanálisis relacional es un radical contextualismo psicoanalítico que se encuentra siempre ya en busca de una mayor comprensión de la complejidad inherente a la experiencia subjetiva e intersubjetiva.

REFERENCIAS

- Alexander, F. & French, T. (1946). *Psychoanalytic Therapy: Principles and Application*. New York: Ronald Press.
- Alloa, E., Breyer, T. & Caminada, E. (2023). Einleitung. En E. Alloa, T. Breyer & E. Caminada (Eds.), *Handbuch Phänomenologie* (pp. 1-16). Tübingen: Mohr Siebeck.
- Altmeyer, M. & Thomä, H. (2010 [2006]). Vorwort zur 2. Auflage: Modernisierung der Psyche. En M. Altmeyer & H. Thomä (Eds.), *Die vernetzte Seele: Die intersubjektive Wende in der Psychoanalyse* (pp. i-iii). Stuttgart: Klett-Cotta.
- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds: Mutuality in Psychoanalysis*. New Jersey: The Analytic Press.
- Aron, L. (1998a). The clinical body and the reflexive mind. En L. Aron & F. Sommer (Eds.), *Relational Perspectives on the Body* (pp. 3-37). New Jersey: The Analytic Press.
- Aron, L. (1998b). Introduction: The body in drive and relational models. En L. Aron & F. Sommer (Eds.), *Relational Perspectives on the Body* (pp. xix-xxviii). New Jersey: The Analytic Press.
- Aron, L. & Starr, K. (2013). *A Psychotherapy for the People: Toward a Progressive Psychoanalysis*. New York: Routledge.

- Atwood, G. & Stolorow, R. (1993 [1979]). *Faces in a Cloud: Intersubjectivity in Personality Theory* (2. Ed.). New Jersey: Jason Aronson.
- Atwood, G. & Stolorow, R. (2014 [1984]). *Structures of Subjectivity: Explorations in Psychoanalytic Phenomenology and Contextualism* (2. Ed.). New York: Routledge.
- Bacal, H. (1985). Optimal responsiveness and the therapeutic process. En H. Bacal (Ed.), *Optimal Responsiveness; How Therapists Heal Their Patients* (pp. 3-34). New Jersey: Jason Aronson.
- Bacal, H. & Carlton, L. (2011). *The Power of Specificity in Psychotherapy: When Therapy Works -And When it Doesn't*. New Jersey: Jason Aronson.
- Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (2002). *Säuglingsforschung und die Psychotherapie Erwachsener: Wie interaktive Prozesse entstehen und zu Veränderung führen*. Stuttgart: Klee-Cotta.
- Benjamin, J. (1990). Recognition and destruction: An outline of intersubjectivity. *Psychoanalytic Psychology*, 7, 33-47.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1966). *The Social Construction of Reality: A Treatise in the Sociology of Knowledge*. New York: Anchor Books.
- Bleichmar, H. & Espeleta, S. (2017). Teoría y técnica de la descolonización emocional: Una introducción. *Aperturas Psicoanalíticas*, 54.
- Bollas, C. (1987). *The Shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Known*. London: Free Association Books.
- Boston Change Process Study Group (BCPSG) (2010). *Change in Psychotherapy: A Unifying Paradigm*. New York: W. W. Norton.
- Brandchaft, B., Doctors, S. & Sorter, D. (2010). *Toward an Emancipatory Psychoanalysis: Brandchaft's Intersubjective Vision*. New York: Routledge.
- Breuer, J. & Freud, S. (1895). *Studien über Hysterie*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag.
- Bromberg, P. (1998). *Standing in the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*. New York: Psychology Press.
- Bromberg, P. (2006). *Awakening the Dreamer: Clinical Journeys*. New Jersey: The Analytic Press.
- Bromberg, P. (2011). *The Shadow of the Tsunami and the Growth of the Relational Mind*. New York: Routledge.
- Brothers, D. (2008). *Toward a Psychology of Uncertainty: Trauma-Centered Psychoanalysis*. New York: Routledge.
- Buechler, S. (2004). *Clinical Values: Emotions That Guide Psychoanalytic Treatment*. New York: Routledge.
- Buechler, S. (2008). *Making a Difference in Patients' Lives: Emotional Experience in the Therapeutic Setting*. New York: Routledge.
- Coburn, W. (2014). *Psychoanalytic Complexity: Clinical Attitudes for Therapeutic Change*. New York: Routledge.

- Coderch, J. (2014). Comentario final: El giro humanista del psicoanálisis. En J. Coderch (Ed.), *Avances en psicoanálisis relacional: Nuevos campos de exploración para el psicoanálisis* (pp. 487-489). Madrid: Ágora Relacional.
- Cohen, L. (2014). How Sigmund Freud wanted to die. *The Atlantic*, 23 de septiembre.
- Cohn, R. (2022). *Working With the Developmental Trauma of Childhood Neglect: Using Psychotherapy and Attachment Theory Techniques in Clinical Practice*. New York: Routledge.
- Cushman, P. (1995). *Constructing the Self, Constructing America: A Cultural History of Psychotherapy*. New York: Da Capo Press.
- Dornes, M. (1993). *Der kompetente Säugling: Die präverbale Entwicklung des Menschen*. Frankfurt am Main: Fischer Verlag.
- Fairbairn, R. (1941). A revised psychopathology of the psychoses and psychoneuroses. *International Journal of Psycho-Analysis*, 22, 250-279.
- Ferenczi, S. (1949 [1933]). Confusion of the tongues between the adults and the child - The language of tenderness and passion. *International Journal of Psychoanalysis*, 30, 225-230.
- Field, T. (2007). *The Amazing Infant*. Oxford: Blackwell.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. & Target, M. (2002). *Affektregulierung, Mentalisierung und die Entwicklung des Selbst*. Stuttgart: Klett-Cotta.
- Freud, S. (1900 [1899]). *Die Traumdeutung*. Frankfurt am Main: S. Fischer Verlag.
- Freud, S. (1904 [1903]). Die Freudsche psychoanalytische Methode. En S. Freud, *Schriften zur Behandlungstechnik* (pp. 99-106). Frankfurt am Main: S. Fischer Verlag.
- Freud, S. (1923 [1922]). Dos artículos de enciclopedia. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En S. Freud, *Obras Completas* (XIX) (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freyd, J. (1996). *Betrayal Trauma: The Logic of Forgetting Childhood Abuse*. Harvard: Harvard University Press.
- Fromm, E. (1941). *Die Furcht vor der Freiheit*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Fromm, E. (1947). *Psychoanalyse und Ethik: Bausteine zu einer humanistischen Charakterologie*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Fromm, E. (1974). Therapeutische Aspekte der Psychoanalyse. En E. Fromm, *Von der Kunst des Zuhörens: Therapeutische Aspekte der Psychoanalyse* (pp. 47-226). Alemania: Ullstein.
- Gabbard, G. & Ogden, T. (2009). On becoming a psychoanalyst. En L. Aron & A. Harris (Eds.), *Relational Psychoanalysis: Evolution of Process* (Vol. 5) (pp. 407-425). New York: Routledge.
- Gadamer, H.-G. (1960). *Wahrheit und Methode: Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik* (Gesammelte Werke I). Tübingen: Mohr Siebeck.

- Ghent, E. (1989). Credo: The dialectics of one-person and two-person psychologies. En V. Demos & A. Harris (Eds.), *The Collected Papers of Emmanuel Ghent: Heart Melts Forward* (pp. 28-70). New York: Routledge.
- Ghent, E. (1990). Masochism, submission, surrender: Masochism as a perversion of surrender. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 108-136.
- Gill, M. (1994). *Psychoanalysis in Transition: A Personal View*. New Jersey: The Analytic Press.
- Goodman, D. & Severson, E. (Eds.) (2016). *The Ethical Turn: Otherness and Subjectivity in Contemporary Psychoanalysis*. New York: Routledge.
- Green, A. (1997). Science and science fiction in infant research. En J. Sandler, A.-M. Sandler & R. Davies (Eds.), *Clinical and Observational Psychoanalytic Research: Roots of a Controversy* (pp. 21-26). London: Karnac.
- Greenberg, J. & Mitchell, S. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Grosskurth, P. (1991). *The Secret Ring: Freud's Inner Circle and the Politics of Psychoanalysis*. New York: Addison Wesley.
- Heller, M. (2012). *Body Psychotherapy: History, Concepts, and Methods*. New York: W. W. Norton.
- Hoffman, I. (1991). Discussion: Toward a social-constructivist view of the psychoanalytic situation. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 74-105.
- Hoffman, I. (1992). Some practical implications of a social-constructivist view of the psychoanalytic situation. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 287-304.
- Hoffman, I. (1998). *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process: A Dialectical-Constructivist View*. New York: The Analytic Press.
- Hoffman, I. (2009). Therapeutic passion in the countertransference. *Psychoanalytic Dialogues*, 19, 617-637.
- Howell, E. (2005). *The Dissociative Mind*. New York: Routledge
- Howell, E. & Itzkowitz, S. (Eds.) (2016). *The Dissociative Mind in Psychoanalysis: Understanding and Working With Trauma*. New York: Routledge.
- Horney, K. (1950). *La neurosis y el desarrollo humano: La lucha por la autorrealización*. Buenos Aires: Editorial Psique.
- Huppertz, B. (Ed.) (2023). *Underlying Assumptions in Psychoanalytic Schools: A Comparative Perspective*. New York: Routledge.
- Jaenicke, C. (2011). *Change in Psychoanalysis: An Analyst's Reflections on the Therapeutic Relationship*. New York: Routledge.
- Jordán, J. F. (2008). Intersubjetividad: El giro fenomenológico en el psicoanálisis. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 25 (1), 6-16.
- Jung, C. G. (1929). Die Probleme der modernen Psychotherapie. En C. G. Jung, *Praxis der Psychotherapie* (Gesammelte Werke 16) (pp. 64-85). Düsseldorf: Walter Verlag.

- Katz, G. (2014). *The Play Within the Play: The Enacted Dimension of Psychoanalytic Process*. New York: Routledge.
- Kernberg, O. (1996). Thirty methods to destroy the creativity of psychoanalytic candidates. *International Journal of Psychoanalysis*, 77 (5), 1031-1040.
- Killingmo, B. (1989). Conflict and deficit: Implications for technique. *International Journal of Psychoanalysis*, 70 (1), 65-79.
- Kirsner, D. (2009). *Unfree Associations: Inside Psychoanalytic Institutes*. New Jersey: Jason Aronson.
- Kohut, H. (1959). Introspection, empathy, and psychoanalysis: An examination of the relationship between mode of observation and theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 7, 459-483.
- Kohut, H. (1977). *The Restoration of the Self*. Chicago: Chicago University Press.
- Kohut, H. (1982). Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental. En H. Kohut, *Los dos análisis del Sr. Z* (pp. 149-186). Barcelona: Herder.
- Lichtenberg, J. (1983). *Psychoanalysis and Infant Research*. New York: Routledge.
- Lichtenberg, J. (2005). *Kunst und Technik psychoanalytischer Therapien*. Frankfurt am Main: Brandes & Apsel.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (1992). *Self and Motivational Systems: Toward a Theory of Psychoanalytic Technique*. New York: Routledge.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (1996). *The Clinical Exchange: Techniques Derived From Self and Motivational Systems*. New York: Routledge.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (2011). *Psychoanalysis and Motivational Systems: A New Look*. New York: Routledge.
- Lunbeck, E. (2012). Heinz Kohut's americanization of Freud. En J. Burnham (Ed.), *After Freud Left: A Century of Psychoanalysis in America* (pp. 209-231). Chicago: Chicago University Press.
- Maroda, K. (2002). No place to hide: Affectivity, the unconscious, and the development of relational techniques. *Contemporary Psychoanalysis*, 38, 101-120.
- Mitchell, S. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis: An integration*. Boston: Harvard University Press.
- Mitchell, S. (1993). *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Mitchell, S. (1997). *Psychoanalyse als Dialog: Einfluss und Autonomie in der analytischen Beziehung*. Giessen: Psychosozial Verlag.
- Mitchell, S. (2000). *Bindung und Beziehung: Auf dem Weg zu einer relationalen Psychoanalyse*. Giessen: Psychosozial Verlag.
- Mitchell, S. & Aron, L. (Eds.) (1999). *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition*. New Jersey: The Analytic Press.
- Mitchell, S. & Black, M. (1995). *Más allá de Freud: Una historia del pensamiento psicoanalítico moderno*. Barcelona: Herder.

- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Orange, D. (1995). *Emotionales Verständnis und Intersubjektivität: Beiträge zu einer psychoanalytischen Epistemologie*. Frankfurt am Main: Brandes & Apsel.
- Orange, D. (2011). *The Suffering Stranger: Hermeneutics for Everyday Clinical Practice*. New York: Routledge.
- Orange, D. (2016). *Nourishing the Inner Life of Clinicians and Humanitarians: The Ethical Turn in Psychoanalysis*. New York: Routledge.
- Orange, D. (2017). *Climate Crisis, Psychoanalysis, and Radical Ethics*. New York: Routledge.
- Orange, D., Atwood, G. & Stolorow, R. (1997). *Intersubjektivität in der Psychoanalyse: Kontextualismus in der psychoanalytischen Praxis*. Frankfurt am Main: Brandes & Apsel.
- Pine, F. (1990). *Drive, Ego, Object, and Self: A Synthesis for Clinical Work*. New York: Basic Books.
- Piontelli, A. (1992). *From Fetus to Child: An Observational and Psychoanalytic Study*. London: Routledge.
- Rank, O. (1924). *The Trauma of Birth*. New York: Harcourt Brace.
- Reich, W. (1945 [1933]). *Análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós.
- Renik, O. (1993). Analytic interaction: Conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity. En S. Mitchell & L. Aron (Eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition* (pp. 407-424). New Jersey: The Analytic Press.
- Ricoeur, P. (1965). *Die Interpretation: Ein Versuch über Freud*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Ringstrom, P. (2010). Meeting Mitchell's challenge: A comparison of relational psychoanalysis and intersubjective systems theory. *Psychoanalytic Dialogues*, 20 (2), 196-218.
- Safran, J. (2012). *Psychoanalysis and Psychoanalytic Therapies*. Washington: American Psychological Association.
- Safran, J. & Muran, C. (2000). *La alianza terapéutica: Una guía para el tratamiento relacional*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Samuels, A. (2001). *Politics on the Couch: Citizenship and the Internal Life*. New York: Other Press.
- Samuels, A. (2015). *A New Therapy for Politics?* London: Karnac Books.
- Sassenfeld, A. (2006). Regulación afectiva, psicopatología y psicoterapia. *Gaceta Universitaria: Temas y Controversias en Psiquiatría*, 2 (3), 329-336.
- Sassenfeld, A. (2007). Del cuerpo individual al cuerpo relacional: Dimensión somática, interacción y cambio en psicoterapia. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 3 (2), 177-188.
- Sassenfeld, A. (2010a). Algunas reflexiones sobre la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer y su relación con la práctica de la psicoterapia. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 6 (4), 427-448.
- Sassenfeld, A. (2010b). Afecto, regulación afectiva y vínculo. *Clínica e Investigación Relacional*, 4 (3), 562-595.

- Sassenfeld, A. (2012a). *Principios clínicos de la psicoterapia relacional*. Santiago de Chile: Ediciones SODEPSI.
- Sassenfeld, A. (2012b). Esbozo de una visión contemporánea de los afectos. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 8 (2), 174-191.
- Sassenfeld, A. (2012c). Sistemas intersubjetivos encarnados: De la sugestión a la influencia mutua. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 8 (3), 310-321.
- Sassenfeld, A. (2013). Verkörperte Intersubjektivität und sensomotorische Aspekte von Organisationsprinzipien der Subjektivität. *Psychoanalyse and Körper*, 22 (1), 11-42.
- Sassenfeld, A. (2014). La intersubjetividad corporizada y aspectos sensoriomotrices de los principios organizadores de la subjetividad. *Clínica e Investigación Relacional*, 8 (2), 425-457.
- Sassenfeld, A. (2016). *El espacio hermenéutico: Comprensión y espacialidad en la psicoterapia analítica intersubjetiva*. Santiago de Chile: Ediciones SODEPSI.
- Sassenfeld, A. (2017). La actitud hermenéutica como fundamentación y descripción filosófica de la actitud clínica de los psicoterapeutas analíticos intersubjetivos. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 13 (3), 272-286.
- Sassenfeld, A. (2018). *Estar con otros: Cuerpo, afectividad y vínculo en psicoterapia relacional*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Sassenfeld, A. (2019). *Los giros del psicoanálisis contemporáneo: Una introducción al psicoanálisis relacional*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Sassenfeld, A. (2020a). El territorio compartido del psicoanálisis relacional. *Aperturas Psicoanalíticas*, 65, 1-24.
- Sassenfeld, A. (2020b). *La mente intersubjetiva: Notas psicoanalíticas relacionales*. Santiago de Chile: CETERE.
- Sassenfeld, A. (2021). El cuerpo y la dimensión no-verbal en el psicoanálisis relacional. *Clínica e Investigación Relacional*, 15 (1), 58-116.
- Sassenfeld, A. (2022). *El desarrollo intersubjetivo de la subjetividad: La hermenéutica psicoanalítica relacional del desarrollo temprano*. Santiago de Chile: CETERE Ediciones.
- Schore, A. (1994). *Affect Regulation and the Origin of the Self: The Neurobiology of Emotional Development*. New York: Psychology Press.
- Schore, A. (2003a). *Affect Dysregulation and Disorders of the Self*. New York: W. W. Norton.
- Schore, A. (2003b). *Affect Regulation and the Repair of the Self*. New York: W. W. Norton.
- Schore, A. (2012). *The Science of the Art of Psychotherapy*. New York: W. W. Norton.
- Schore, A. (2019). *The Development of the Unconscious Mind*. New York: W. W. Norton.
- Seligman, S. (2018). *Relationships in Development: Infancy, Intersubjectivity, and Attachment*. New York: Routledge.
- Shaw, D. (2013). On the therapeutic action of analytic love. *Contemporary Psychoanalysis*, 39 (2), 251-278.

- Shaw, D. (2014). *Traumatic Narcissism: Relational Systems of Subjugation*. New York: Routledge.
- Siegel, D. (2012 [1999]). *The Developing Mind: How Relationships and the Brain Interact to Shape Who We Are* (2. Ed.). New York: The Guilford Press.
- Sletvold, J. (2014). *The Embodied Analyst: From Freud and Reich to Relationality*. New York: Routledge.
- Stauffer, K. (2021). *Emotional Neglect and the Adult in Therapy: Lifelong Consequences to a Lack of Early Attunement*. New York: W. W. Norton.
- Stern, D. B. (1997). *Unformulated Experience: From Dissociation to Imagination in Psychoanalysis*. New York: Psychology Press.
- Stern, D. B. (2004). The eye sees itself: Dissociation, enactment, and the achievement of conflict. *Contemporary Psychoanalysis*, 40, 197-237.
- Stern, D. N. (2000 [1985]). *The Interpersonal World of the Infant: A View From Psychoanalysis and Developmental Psychology* (2. Ed.). New York: Basic Books.
- Stern, S. (2017). *Needed Relationships and Psychoanalytic Healing: A Holistic Relational Perspective on the Therapeutic Process*. New York: Routledge.
- Stolorow, R. (2002). From drive to affectivity: Contextualizing psychological life. *Psychoanalytic Inquiry*, 22 (5), 678-685.
- Stolorow, R. (2015). The renewal of humanism in psychoanalytic therapy. En K. Schneider, J. Fraser & J. Bugental (Eds.), *The Handbook of Humanistic Psychology: Theory, Research, and Practice* (2. Ed.) (pp. 395-399). Thousand Oaks: Sage.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1992). *Contextos del ser: Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Barcelona: Herder.
- Stolorow, R., Atwood, G. & Orange, D. (2002). *Worlds of Experience: Interweaving Philosophical and Clinical Dimensions in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Stolorow, R., Brandchaft, B. & Atwood, G. (1987). *Psychoanalytische Behandlung: Ein intersubjektiver Ansatz*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Teicholz, J. (1999). *Kohut, Loewald, and the Postmoderns: A Comparative Study of Self and Relationship*. New York: Routledge.
- Togashi, K. & Kottler, A. (2015). *Kohut's Twinship Across Cultures: The Psychology of Being Human*. New York: Routledge.
- Trevarthen, C. & Aitken, K. (2001). Infant intersubjectivity: Research, theory, and clinical applications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 42 (1), 3-48.
- Tublin, S. (2018). Core competency number one: Clinical intent. En R. Barsness (Ed.), *Core Competencies of Relational Psychoanalysis: A Guide to Practice, Study, and Research* (pp. 67-86). New York: Routledge.
- Wachtel, P. (2008). *Relational Theory and the Practice of Psychotherapy*. New York: Guilford Press.

Wallerstein, R. (1990). Psychoanalysis: The common ground. *International Journal of Psychoanalysis*, 71, 3-20.

Wallin, D. (2007). *Attachment in Psychotherapy*. New York: The Guilford Press.

Winnicott, D. (1960). The theory of the parent-infant relationship. En D. Winnicott, *The Maturation Processes and the Facilitating Environment* (pp. 37-55). New York: Routledge.

Winnicott, D. (1963). From dependence towards independence in the development of the individual. En D. Winnicott, *The Maturation Processes and the Facilitating Environment* (pp. 83-92). New York: Routledge.

Original recibido con fecha: 17/9/2024

Revisado: 30/10/2024

Aceptado: 30/10/2024